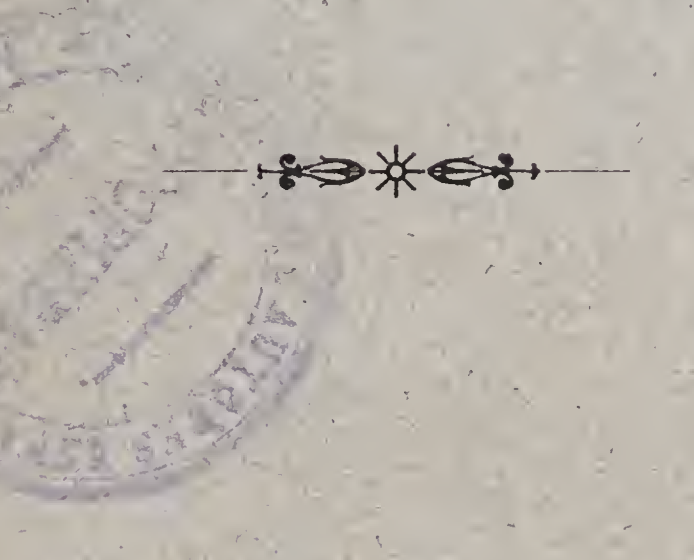
JOAQUÍN DICENTA

LORENZA

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

LORENZA

LORENZA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 12 de Diciembre de 1907



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono numero 551

1907

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LORENZA		Rosario Pino.
MÓNICA	Sra.	Planas.
LA GIBIONA		Consuelo Badillo.
MARÍA	Sra.	Aranaz.
DOÑA PETRA		Calderón.
ERNESTINA		Caro.
GERTRUDIS		Rodríguez.
PEPOTA	Srta.	Brú.
ANTOÑITA		Villegas.
ROSARITO		Díaz.
ALBERTO	Sr.	Thuillier.
JERÓNIMO		Llanos.
TRASMALLO		Palanca.
GUNDEMARO		Gonzálvez.
DON RODRIGO		Rausell.
PEPE		Díaz.
LÓPEZ		Sala.
PÉREZ		Sárraga.
UN MOZO DE CAFÉ		Barceló.
UN MARINERO		Mata.

La acción en un pueblecillo de la costa cantábrica

PRÓLOGO

Concluía este verano último y habíamos quedado solos Dicenta y yo en aquella casa de la Barquera, aislada entre el campo y el mar. Un paraje solitario cuya poesía realzaban en la noche el ritmo del mar, y ruidos extraños, y unas hogueras misteriosas y unos silbidos inquietantes, rastros del paso por aquellos lugares de contrabandistas y vagabundos.

Una tarde, Dicenta licenció su barca, que venía después de almorzar á buscarle para la pesca, y me dijo que no saldría. La noche anterior había concluído el segundo acto de *El crimen de ayer,* y se sentía en tensión para el trabajo. A mí me pasaba exactamente lo contrario, y dejando que descansaran á par de mí las cuartillas de la novela que yo estaba escribiendo, fuime á oir como en concierto soberano la magna sinfonía del mar.

Dos ó tres días antes, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza me habían hablado en Santander de la ansiedad con que esperaban ver terminada la obra de Joaquín. Bien veían los grandes actores el éxito que la gloriosa María y el insigne Fernando habían de tener en ese drama que ha sido reciente-

mente su triunfo en la Habana, como lo será en Madrid. Dicenta había de poner en el tercer acto de *El crimen de ayer* todo su espíritu vibrante, todas las notas de pasión, de ternura, de dolor, de grandeza, con que ha llevado al arte los altos sentimientos de la vida. Y ello fué. Rasgo de inspiración y alarde de dramaturgo. Eso tan ponderado en *El ladrón*, de Bernstein, de sostener un acto de interés con una escena de dos personajes, lo realiza Dicenta en esa obra con una belleza y una emoción de que carece ese autor francés. Y el prodigio se llevó á cabo en una tarde, en aquella. Cuando á la noche volvía yo de mi excursión costera, Joaquín permanecía encerrado. Poco después me llamó con gritos triunfales, de esa noble y alta puerilidad de los artistas. Me llamaba para leerme aquel tercer acto, que cuando yo salí para mi paseo no estaba comenzado aún.

Sólo en la extraordinaria potencia cerebral de Dicenta es dable un caso semejante. Y luego, aquella misma noche, cogió una cuartilla y empezó á escribir en ella *Lorenza*, comedia en tres actos. Personajes... —Era esa comedia estrenada en el teatro Español. Una obra muy distinta de la que la precedía, y muy diferente de las otras del mismo autor. Una obra puramente idílica, llena de suprema melancolía. Iniciada en medio de un pintoresco cuadro de vida provinciana, y seguida en plena majestad de la Naturaleza. Es el triunfo del amor sobre la vida. Es la sola y única ley de amar sobre todas las preocupaciones de la sociedad y las menguas del existir.

La literatura contemporánea española adolece la mayor parte de las veces de cierta cobardía. Una continua concesión á la ñoñez ambiente que los es-

critores parecen tener empeño en cultivar en vez de tender á destruirla. La nota de Dicenta ha sido siempre valerosa. Por eso su huella es tan profunda. Dos obras marcan las dos fechas más transcendentales de la historia del teatro español en el siglo XIX. El *Don Alvaro*, del duque de Rivas, y el *Juan José*, de Dicenta. El realismo y el romanticismo juntos, la verdad y la grandeza trágica, resplandecen en el autor de *Daniel*, tan grande y tan español y tan suyo, que no ha necesitado jamás de influencias ultrapirenáicas para su arte, y que por eso dejará sólido y perdurable su nombre en la historia del teatro de Calderón y de Lope.

Lorenza es otra admirable página de la obra de Dicenta. En ella aparece el poeta sin que nada turbe la serenidad de su canto al amor y á la vida. Un alma exquisita y agobiada por el ambiente que la rodea, un espíritu hermosamente rebelde, halla su liberación en otra alma exquisita y grande, á quien se une sin otro templo que la creación, ni otra ley que la de amar.

Y es un idilio; un magno idilio naciendo entre amargura y melacolía. Cruel quizás como la vida, pero hermoso y grande como la vida también, cuando en ella se ama. En el final del segundo acto se siente como un recogimiento religioso, como una devoción á un culto misterioso y divino. Y al final del tercero, como un relámpago espiritual que rasgase las tinieblas de la escena, como un meteoro de luz que pasase ante nuestros ojos satisfechos, vemos al alma liberada que rompe su cárcel y vuela al cielo de su dicha.

Noche fué esa para señalar con piedra blanca en

los anales de la dramática española. Esos que no ven á Dicenta como es en realidad, un grande y delicadísimo poeta, tuvieron que rendirse, confesándose vencidos. Y se inclinarán ante esa lira que tiene el acento épico de la lucha, y tiene la melodía dulcísima con que encantaba Orfeo en los abismos.

La excelsa Rosario Pino y el ilustre Emilio Thuillier dieron la verdad en esas figuras con que el poeta proclama la libertad de amar triunfante sobre la tierra. Su talento, que hubo de llevarnos á la realidad misma, realzó la creación poemática con el encanto de las cosas vividas. Y yo, como poeta más que como fraternal amigo del autor, tuve el alma de fiesta, asistiendo devotamente al banquete espiritual que Dicenta nos ofreció en el Español.

PEDRO DE RÉPIDE.

ACTO PRIMERO

El teatro representa la plaza principal del pueblo durante el veraneo y en las fiestas patronales de aquél.

En el fondo se verá el muelle con escaleras practicables que conducen al mar. Por cima del muelle sobresaldrán los palos de tres ó cuatro embarcaciones menores.

A la derecha en primer término, avanzando sobre el escenario para ser bien visto del público, un kiosco abierto destinado á rifa. Estará adornado con hojarasca, cintas de colores y gallardetes. En el mostrador, que tendrá colgaduras de percalina de colores, habrá dos bombos de cristal, abiertos por arriba y mediados de papeletas.

A la izquierda, en primer término, se verá la puerta de un café y delante de ella dos veladores y unas sillas.

A derecha é izquierda, en segundo término, cerca del fondo, dos bancos de piedra.

La escena comienza en la mañana de un día de Septiembre al finalizar la temporada veraniega.

Al alzarse el telón aparecen en escena Antonia y Rosario, que estarán en el kiosco despachando papeletas á Pérez y Pepe. Don Rodrigo y López sentados frente á uno de los veladores que hay á la puerta del café.

Procúrese hacer pasar y repasar por el fondo, en determinados momentos, personajes varios para que den al cuadro toda la realidad y el relieve posibles.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA, ROSARIO, PEPE, DON RODRIGO, PÉREZ y LÓPEZ; luego un MOZO de café

PÉR. ¡Otra en blanco!... (Mirando la papeleta que acaba de desenrollar.) ¡Y van diez!... ¡Y va un duro fuera del bolsillo!

ROS. Es para los pobres.

PÉR. Ya... ya... ¡Y con el trabajo que cuesta despegarlas!

ANT. (A Pepe.) A ver si tiene usted mejor suerte.

PEPE No hay suerte como recibir las papeletas de sus manos. ¡Qué rebonitas son! (Queriendo coger una de las manos de Antonia.)

ANT. ¡Quieto!... Ande pronto. Ábrala. (Pepe se pone á hacerlo.)

ROS. (A Pérez.) Saque otra á ver si tiene más ventura.

PÉR Ahora no.

ROS Entonces largo. Aquí no se admiten mirones.

PÉR. Vaya, que no le dan á uno conversación más que para sacarle los cuartos del bolsillo. (Se dirige donde están López y don Rodrigo.)

ROD. (A Pérez, que se habrá acercado á la mesa.) ¿Qué sacáronte?

PÉR. Veinte reales. ¡Y ni un carrete de hilo! Hasta no verte más, Amadeo; porque era un Amadeo.

LÓPEZ Esa madrileñita tiene mucha labia.

ROD. (A Pérez.) ¿Quieres un vermouth? Te convido. ¡Mozo! (Llamando.)

MOZO ¡Voy! (Sale y sirve el vermouth.)

PÉR. ¡Los maíces son gloria! Ha tres años no diéronse como ellos. ¡Buenas pesetas va usté á guardar en el arcón!

LÓPEZ A algunas les dará el aire pronto. Don Rodrigo no es como tú.

ROD. Sin tirar, tirar, procuro darme gusto y cuando la cosa lo merece...

PÉR. Las dos forasteras son canela.

ANT. (Abriendo una de las papeletas.) Premiada. El mil setenta y cinco. (Dirigiéndose al interior del kiosco, cuyas dos terceras partes se perderán en el lateral.)

PEPE Veamos, veamos el premio.

ROS. Poco será. Los premios buenos están en los números bajos.

ESCENA II

ANTONIA, ROSARIO, DON RODRIGO, PEPE, PÉREZ y LÓPEZ

ANT. Aquí está el premio. Un sonajero; guárdelo para regalárselo al primer chiquillo que tenga.

PEPE (Cogiendo el sonajero.) ¡Ay, Antoñita, si usted y yo pudiésemos cumplir con un solo regalo!...

ANT. Pepito, ¡por Dios!...

PEPE Solteros somos y en situación de sonajear nos hallamos.

ROS. Váyase, váyase, porque si no dirá algún disparate mayúsculo.

PEPE Hasta la tarde en la playa, ó hasta el baile. Es de etiqueta. Por cierto que mi frac debe estar imponente. ¡Aun se verán peores! (Se dirige donde están Rodrigo, Pérez y López.)

ROS. Es muy simpático. (Por Pepe)

ANT. Parece mentira que se resigne á vivir en este poblacho.

ROS. Es un pobretón, ¿qué va á hacer?

(Rosario y Antoñita se retiran de primer término y desaparecen en el fondo del kiosco. Salen por la izquierda la Gibiona y Pepota con dos cestos de pescados vacíos en la mano. Don Rodrigo, al ver á la Gibiona, se levanta y se dirige hacia ella.)

ESCENA III

La GIBIONA, PEPOTA, DON RODRIGO, PÉREZ y LÓPEZ.

PEP. El día cuadró bien por la mar.

GIB. Venir han llenitas las traineras.

ROD. (A la Gibiona) Por la pesca, ¿eh?

GIB. ¿Que hacerle?
ROD. ¡Ay, si fueras pez tú!
GIB. No entraría en él su *trasmallo*.
PEP ¡Claro, como tienes otro en la mar! El tu novio, que Trasmallo dicen por mote.
ROD. Pobre red es ese Trasmallo.
GIB. Si recoge pez de su gusto, que es buena. Con Dios.
ROD. Conmigo; bajo con vosotras. Guapa estás, mozuca, y arisca como gata en un corral nuevo.
(Sigue con las pescadoras y baja con ellas la escalera del muelle en la que desaparecen los tres. Entra Gundemaro y se dirige á la mesa donde están Pepe, López y Pérez.)

ESCENA IV

PEPE, PÉREZ, LÓPEZ y GUNDEMARO

GUND. Felices.
PÉR. Ya va don Rodrigo á la rosca de la Gibiona.
LÓPEZ No se descuida nuestro alcalde.
GUND. Señor es de horca y cuchillo en esta aldea y no renuncia á ningún derecho señorial.
PEPE ¿Vais á criticarle? Rodrigo es rico y gusta de las buenas mozas para su diversión.
LÓPEZ Como de ser alcalde, para caciquear.
PEPE Otros fueran peores. Al menos él es buen amigo y rumboso. Al fin del año, ¿qué? Veinte ó treinta muertos que votan y un par de chiquillos que berrean. Ganancia para el censo.
PÉR. Todo lo tomas á chacota.
PEPE ¿Iba á tomarlo en serio? (A Gundemaro.) ¿Estás contento de las fiestas?
GUND Hay de todo. No dicen mal la gira y el baile y los fuegos artificiales. Algo hay que ofrecer al esparcimiento vulgar; pero fué torpe suprimir del programa el número que yo propuse.
PEPE ¿El torneo?

GUND. Sí, señor, el torneo. Un torneo con jueces, pajes y farautes, á la antigua usanza. Yo hubiera prestado mis armaduras del siglo doce y mis ropas del trece y mis aceros del catorce...

PEPE Y nos hubieras puesto en ridículo.

LÓPEZ ¡Que lo digas! (Riendo.)

GUND Reid. Opiniones hay contrarias á las vuestras.

PÉR. ¿Sí?

GUND. Don Alberto y don Jerónimo cuando les expuse la idea la celebraron entusiásticos. Ellos no rieron.

PEPE Hacia afuera por buena educación. Hacia dentro ya reirían.

LÓPEZ Don Alberto pinta de primera. ¿Viste el cuadro que está haciendo en la playa? El tío Chicote está muy propio. Hasta la mella se le ve.

GUND. Y don Jerónimo es un gran músico. Ayer tocó en el viejo órgano de nuestra vieja iglesia, un miserere medioeval y eran de ángel sus manos.

PÉR. Deben tener cuartos porque gastan sin tino. Anoche se tomó don Alberto dos cafés, uno detrás de otro.

PEPE ¡Canastos!... Menos mal que al uno sus cuadros y su música al otro les permiten esos derroches.

PÉR. ¡Los cuadros! ¡la música! ¡Mira que dar eso dinero! Algo tendrán por su casa para gas tar tanto.

(Aparecen en las escaleras del muelle Alberto y Jerónimo seguidos por un marinero que llevará á mano un caballete y una caja grande de pinturas.)

PEPE Pregúntaselo si quieres enterarte. Ahí desembarcaron.

PÉR No tengo tiempo. Estoy encargado de preparar el ambigú del baile. ¿Me acompañas? (A López.)

LÓPEZ Voy á la alameda por el puente á reunirme con María. Hasta allí iremos juntos. (Se dirigen hacia la derecha por donde salen.)

ALB. (Al marinero.) Lleva eso al hotel. (El marinero

sale por la izquierda. A Jerónimo.) Si te parece, tomaremos cerveza.

JER. Corriente. (Saludando á Pepe que se ha levantado.) ¡Hola, querido Pepe!

ESCENA V

ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO. Luego el MOZO

ALB. ¡Qué deliciosa playa! Mar, cielo y montaña se reunen en ella para que todos los verdes y todos los azules compitan. Mi encanto es la playa y mi desesperación al propio tiempo. No hay forma de recoger en un cacho de lienzo tan diversas tonalidades.

JER. Ni, de recoger en un pentágrama todos los poemas que aire y mar cantan por aquella atmósfera azul. En fin, recoja cada uno lo que pueda y deje lo restante para otros que sepan recogerlo mejor. (Al mozo que llega) Cerveza. ¿Y ustedes?

PEPE Yo vermouth.

ALB. ¿Usted, Gundemaro?

GUND. Cerveza también; pero en el jarro mío. Ya lo sabes, Julián. (Vase el Mozo.) Un jarro auténtico holandés, siglo XVII.

PEPE El siglo XVII es un límite. De ahí para adelante no transige, ni con la vajilla.

(Vuelve el Mozo, pone los servicios encima del velador y se retira.)

ESCENA VI

ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

GUND. Transijo, esa es la palabra transijo con la actualidad, pero mi vida está en las edades que pasaron; en los recuerdos que evoca esta *Mérina Augusta*, favorita de los romanos césares, fortaleza de los godos monarcas, señorío de los Moncadas y Salsueñas, emporio donde los reyes castellanos juntaban

mesnadas y prevenían flotas y edificaron un románico templo para gloria del arte y puntal de la religión. ¡Oh *Mérina Augusta*...!

PEPE No sigas, Gundemaro; es la centésima vez que estos señores oyen la perorata.

GUND. Si empiezas con tus bromas, ¿qué remedio? me callaré.

JER. (Examinando el jarro.) El jarro es precioso.

GUND. Pertenece á mi pobre museo.

ALB. No tan pobre. Hay en él cosas de gran mérito. El Cristo bizantino es una maravilla.

GUND. Comprendo que es chifladura en un misérrimo secretario de Ayuntamiento este amor de la antigüedad; pero, se lo juro, lo mismo en el museo, cuando estoy solo con mis cachivaches, que en el municipio, cuando hojeo las escrituras y privilegios de esta noble ciudad, imagino vivir aquellas épocas y hasta me supongo uno de los esforzados varones que acompañaron á San Fernando en la conquista de Sevilla.

ALB. De tipo anda usted justo. Esos miembros recios, esa barba larga y cuadrada, esos bigotes caídos... ¿Por qué no se deja la melena? Con ella y un capacete, sería imagen rediviva. Tengo en mi estudio una moneda de Teodorico que es la cara de usted.

GUND. ¿De veras? (Con seriedad. Con timidez.) ¿No se burla?

JER. (Con solemninad cómica.) ¡El rey godo nos libre!

PEPE Si siguen jaleándole capaz es de ponerse el casco é ir con él al Ayuntamiento; y fuera triste que mi primo Rodrigo al verle en tal guisa, le soltara dos ternos y el rey godo tuviera que meterse debajo de una mesa con capacete y todo.

GUND. ¡Pepe!... (Con bondadoso enfado.)

PEPE No vale enfadarse. Sabes que paso por tu monomanía, como pasas tú por mis bromas, y te quiero de veras. En esta aldea de ignorantes y de egoistas eres un entendimiento culto y un alma bondadosa. Gracias á mis libros y á tí, que resultas para el caso otro libro, puedo sobrellevar la monotomía de

los inviernos tristes, aguardando que el verano nos traiga un poco de alegría y de luz.

ALB. El invierno en estas aldeas debe ser espantoso.

PEPE ¡Calculen!... Cuatro ricachos que, por serlo, se creen autorizados á no tener educación ni sentido común; cuatro ricachas de las cuales digo lo propio; un centenar de marineros con quienes puede hablarse cuando no están borrachos, es decir, pocas veces, y un centenar de marineras á quienes puede uno acercarse pocas veces también, porque sólo se medio lavan los domingos. Mucho viento, más lluvia aun que viento... y se acabó la perspectiva.

JER. Algo mejor hay.

GUND. ¿Qué?

JER. Chicas encantadoras

PEPE ¿Como Lorenza y Mónica? ¡Infelices!

ALB. ¿Por qué?

GUND. Educadas como señoritas y pobres de solemnidad. ¡Figúrense que porvenir el suyo!

PEPE El de todas las señoritas aldeanas, pobres como ellas ó como ellas con inteligencia y corazón. Desesperarse mientras envejecen y y jugar á matrimonios irrealizables con novios de verano.

(Entran por la derecha Ernestina y Gertrudis, mujeres de cuarenta y cinco á cincuenta años. Gertrudis vestirá de obscuro, tendrá el gesto avinagrado y el tipo de beata. Ernestina vestirá á lo joven con colores muy claros en que predominen los tonos fuertes. En toda su persona ha de manifestarse el tipo de una pobre vieja soltera que no renunció á la juventud.)

ESCENA VII

ERNESTINA, GERTRUDIS, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

ERN. (A Gertrudis.) Se nos hizo tarde y esas señoritas aguardan el relevo.

GER. ¡Qué aguarden!... No iba á dejar por ellas la organización de la novena. ¡Valientes ni-

ñas!... La misa toda pasáronse entre miraditas y carantoñas á los hombres. Ni el templo respetan las muy...

ERN. Para el amor no hay lugar sagrado, Gertrudis.

JER. (Reparando en Gertrudis y Ernestina. Por la última, á Gundemaro.) ¿Se le escapó esta del museo?

PEPE ¡Cuidado!... Es parienta. Un ejemplar de la soltería aldeana. Voy á presentárselo á ustedes. (Se levantan todos y se dirigen donde están Gertrudis y Ernestina.) ¡Queridísima tía!...

GUND. ¡Doña Ernestina!

ERN. ¡Ernestina, Gundemaro! ¡Ernestina! Aun no casé para llevar *don.*

PEPE No casó porque no lo quiso.

ERN. Porque no siempre encuentra el alma lo que busca. ¡Ay!... ¿No es cierto, Gertrudis?

GER. ¡Hay tan pocos partidos serios y convenientes!..

PEPE (A las señoras.) Me permito presentar á ustedes á estos dos amigos. (Por Alberto y Jerónimo que saludan.)

ERN. Ya les conocía. Mi casa da enfrente del hotel. Algunas mañanas, cuando me asomo al balcón, veo á ustedes en sus habitaciones. También ustedes deben haber reparado en mí.

ALB. ¡Cómo no!..

JER. Hay cosas en las que se repara siempre.

ERN. ¡Qué galante!... ¡Por Dios!... (Con coquetería moceril.)

ALB. A esta señora ..

GER. (Secamente.) Señorita.

ALB. Verdad. Excúseme la distracción. A esta señorita la veo siempre que entro en la iglesia, para admirar sus joyas de arte.

GER. Por cierto que usted y el señor (Por Jerónimo.) cuando van á la iglesia, hablan á gritos y alborotan como si en vez de iglesia fuera aquello un teatro. Yo con ustedes pierdo mi devoción y estropeo mis rezos.

PEPE ¡Qué lástima!...

GER. El señor cura piensa hablar á ustedes suplicándoles que sean más respetuosos.

ALB. No hace falta; desde hoy, cuando entre en la iglesia, cerraré mi boca; y no digo mis ojos porque me privaría de mirar á usted.

GER. (Dirigiendo una mirada rápida y coquetona á Alberto.) ¡Déjese de requiebros!

GUND. ¿Estuvo en la alameda, Ernestina?

ERN. Un ratito. Por hacer tiempo. Ya ves que voy con traje de mañana.

JER. Le sienta á usted admirablemente.

ERN. No tiene nada de particular. (Contoneándose.) Es sencillísimo.

JER. (Bajo á Alberto.) Y de unos golpes verdes que no encontrarás en la montaña. Apúntalos.

PÉR. ¿Había mucha gente?

ERN. Bastante. Yo estuve en el corro de María. Pronto vendrá. Le toca despachar con nosotras.

GER. Tan hispada como siempre estaría. ¡Mujer más orgullosa!.... Y todo por sus cuatro ochavos. ¿Quién la mirara si no fuese por ellos?..

GUND. Pues Rodrigo, apenca con María.

GER. De la tal boda hablábamos cuando ésta vino á recogerme en casa de Refugio. Estábamos allí organizando la novena de Octubre ocho ó nueve muchachas...

ERN. Yo interrumpí la conferencia.

ALB. Ahora á despachar papeletas.

GUND. Y esta noche al baile, porque irán ustedes al baile.

GER. Yo, no. Me invitaron, naturalmente; pero el baile es diversión algo deshonesta. A la rifa vengo porque se trata de los pobres.

ERN. Yo sí voy al baile. Bastante se aburre una en invierno para desaprovechar estos esparcimientos que son el encanto de la juventud.

JER. Habla usted como un libro. ¿Qué sería de la juventud sin esas expansiones? Nada, nada ¡al baile! Y feliz yo si alcanzo la honra de tener á usted de pareja.

ERN. ¿Por qué no?

PEPE. Tía, cuidadito. Este caballero es de los que cuando baila aprietan la cintura.

ERN. Repara que no hablas á mujeres casadas. (Se dirigen á la rifa donde momentos antes han aparecido Antonia y Rosario. Ernestina y Gertrudis entran al kiosco y se saludan con las otras.)

ESCENA VIII

ERNESTINA, GERTRUDIS, ROSARIO, ANTONIA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

ROS. ¡Retrasadas!...
ERN. Culpa mía no fué.
(Entran Ernestina y Gertrudis en el kiosco.)
PEPE (Por las dos.) Ahí las tienen. Ernestina cristalizó en los dieciséis años. La mocedad no ha concluído para su alma. Concluyó para el cuerpo; pero Ernestina no se entera. Vive en perpetuo limbo.
ALB. Y la otra...
PEPE La otra fué, al decir de los de su edad, muy ligera de cascos. Ahora es beata y maldiciente.
JER. El diablo harto de carne...
PEPE A la carne creo que no llegó; pero las salsas las ha probado todas. ¿Quieren que veamos descargar la pesca? Es una faena entretenida.
ALB. Y para mí conveniente mirarla. Uno de mis cuadros ha de inspirarse en el asunto.
GUND. Póngale por fondo la iglesia. El románico de su arquitectura hará digno parangón á las olas de este mar altivamente histórico.
JER. Vamos á la descarga del pescado por las razones expuestas y porque las marineras de esta playa andan superiores de pantorrillas. ¿Fueron siempre así las pantorrillas en *Mérina augusta,* querido Gundemaro?
GUND. No hablan de ello las crónicas.
JER. Hacen mal. La pícara historia suele dejarse lo más sabroso en el tintero.
(Se dirigen hacia el muelle por una de cuyas escaleras desaparecen, á tiempo que salen del kiosco Antonia y Rosario.)

ESCENA IX

ERNESTINA, GERTRUDIS, ROSARIO, ANTONIA. Al final PEPOTA la GIBIONA y TRASMALLO

ROS Hasta luego. Vamos al encuentro de María. (Despidiéndose de Gertrudis y de Ernestina.) (Antonia y Rosario se dirigen hacia la izquierda por donde salen, á tiempo que suben por una de las escaleras del muelle, primero Pepota con un cesto de pescado á la cabeza; después Gibiona lo mismo y á continuación de ellas dos Trasmallo.)

GER. ¡Las madrileñitas! ¡Tanto presumir en el pueblo y tal allá no tengan sobre qué caerse muertas!

ERN ¡Siempre estás murmurando!...

GER. En algo hay que pasar el rato cuando está la iglesia cerrada.

PEP. (A la Gibiona.) ¡Date prisa, mujer! (Sale la Pepota por la izquierda. Ernestina y Gertrudis se retiran al fondo del kiosco donde desaparecen. Trasmallo va detrás de la Gibiona mirándola y remirándola con gachonería.)

ESCENA X

La GIBIONA y TRASMALLO

TRAS. Anda!... Anda un poco *alante* de mí *pa* que yo te vea moverte. ¡Dios, y qué mujeruca te has hecho!

GIB. Mujer soy dende que nací.

TRAS. *Pa* menos tiempo va que se han *enterao* de ello los hombres. *Pa* mí que los peces saltan en la canasta de alegría porque los llevas tú.

GIB. De agonía saltan los *pobracos*. ¡Bien de ellos os tragísteis!...

TRAS. Al pico de catorce arrobas. ¡Vé como suena la prata en los mi bolsillos!... A la cuenta

esta noche, cuando dejemos de bailar, hasme de *ametir* la *convidá.*

GIB. Falta que yo baile contigo.

TRAS ¿Con quién bailarás tú si no? Mal andará con sus narices el mozo que te saque.

GIB. ¡Animal!... (Con cariño.)

TRAS. Ya saben los mozos que estos brazos, lo propio aguantan con el remo que derríbanle la dentadura á un hombre. Y lo propio, á querer tú, te cogerían *pa apretate,* pero, vamos, sin juerza, con los aqueles del cariño, con estrujones de esos que hacen saltar de alegría la sangre ¿No saltote á tí nunca, cuando te rozaste conmigo?

GIB. Cuenta es mía. No he de regalarte esas orejazas con el «sí».

TRAS Mejor que se las regales á Trasmallo que no al señor alcalde. ¡Bien se acercaba don Rodrigo á la tú persona!... ¡Bien rabio yo de que se acerque!...

GIB. No le puedo echar de mal modo.

TRAS. Ya sé. Con él no sirve el puñetazo. Con él hay que aguantar. Todo lo puede, porque lo tiene todo. ¡Quizás pueda también contigo ... (Con tristeza ruda.)

GIB. ¡Tontón!... Sí; le gusto; pero no es mal sujeto. De por la fuerza nada quiere. Con el su dinero echa la ronca. Claro que la hambre es mala; mas á la presente yo trabajo y tú embarcaste catorce arrobas de *pescao.*

TRAS. ¡De no haber gente allí (El kiosco.) en *metá* de la boca había de besarte, Gibiona! ..

GIB. Es muy fuerte el tabaco de la tu pipa y me olería mal.

TRAS. Tirarela, si quieres. Y si quieres sacaremos dos pesetas de rifa. Puede que nos toque algo. Hay en la rifa un retrato mío, que pintó don Alberto. ¿Le viste?

GIB. No.

TRAS. Hablar solamente le falta. Acércate á mirarlo. Sacaremos cuatro papeletas.

GIB. He de vender el *pescao* en Transmena.

TRAS. Media legua hay. Lugar tienes de ir. No se pasará la pesca en una hora. En Madrid

la reciben á las cuarenta y ocho horas y la guisan... y se la comen.

GIB. ¡Andando! Probaremos fortuna.

TRAS. Tú delante.

GIB. ¿*Pa* qué?

TRAS. *Pa* ver cómo van y vienen ese par de caderas.

(La Gibiona llega delante de la rifa, donde salen como si vinieran del fondo del kiosco Ernestina y Gertrudis.)

ESCENA XI

La GIBIONA, ERNESTINA, GERTRUDIS, TRASMALLO

GER. ¿De parroquiana?

GIB. Empeñose Trasmallo.

ERN. ¿A ver qué mano tienes?

TRAS. (Llegando.) Señorita Ernestina, dele cuatro papeles de esos y que tengan número *tós*. (Ernestina hace ademán de sacar papeletas. A Gibiona.) Has de sacarlos tú. Uno á uno.

GIB. (Cogiendo rápidamente una papeleta.) ¿Así?

TRAS. Más despacio... Y la abres poco á poco, muy poco á poco... Las cosas buenas hay que hacerlas durar mucho rato. ¿No te parece á tí?

GIB. Yo qué sé. (Poniéndose á desarrollar una papeleta. Entran por la derecha Lorenza, Mónica y doña Petra. Doña Petra sera una anciana de aspecto respetable y humilde. Lorenza y Mónica dos mujeres jóvenes, vestidas con modestia.)

ESCENA XII

DOÑA PETRA, LORENZA, MÓNICA, LA GIBIONA, ERNESTINA; GERTRUDIS y TRASMALLO hablando aparte en el kiosco mientras abren las papeletas

LOR. No vuelvo á la alameda á la hora de María y sus amigotas. ¿Son ricas? Que disfruten de sus riquezas. No se las envidio; pero que no desprecien á las que somos pobres.

PET. Hija...

MÓN. De eso no se hace caso, hermana.

LOR. Nada me diera á mí, si no viera que lo que hacen lo hacen de mala fe, con la intención santa de humillarnos. ¡Qué harta me tiene esta vida ruin de la aldea!...

PET. Desgraciadamente no podemos pensar en otra.

LOR. ¿Por qué no? En cualquier ciudad viviríamos más á gusto.

PET. En la ciudad todo fueran apuros.

LOR. Muchos habían de ser para ganar á los de aquí.

PET. ¿Qué sabes tú? En el pueblo las dos tierrucas nos producen para vivir, para mal vivir, no me opongo. En la ciudad os aguardaría algo peor.

LOR. Nunca peor que esto.

PET. Peor. Tienes sobrada inteligencia para comprenderme, como me comprende tu hermana.

MÓN. (Con dulzura.) Te comprendo, madre, y me resigno.

PET. Otros eran los propósitos de aquel hombre todo corazón y bondad. Para realizarlos os educaba él. Vino la muerte antes de tiempo, y matándole mató el porvenir de todas nosotras. ¡Paciencia, hijas, paciencia, y tener confianza en Dios!

(Aparece en las escaleras del muelle don Rodrigo, y se dirige donde están doña Petra y sus hijas.)

TRAS. En blanco las cuatro. ¡Mala suerte!

(Se dirige con la Gibiona á uno de los bancos, donde toman asiento. Gertrudis y Ernestina desaparecen en el fondo del kiosco.)

ESCENA XIII

DOÑA PETRA, LORENZA, MÓNICA, DON RODRIGO, LA GIBIONA y TRASMALLO en el fondo

ROD. ¡Hola, doña Petra!... Dijéronme en casa que había usted ido por allá. (A Mónica y Lorenza.) Lindas estais y viejo le hacéis á uno.

PET. ¡Viejo á los cincuenta años!...

ROD. Para éstas, que andan en los veinte, padre puedo ser, y como á tales hijas las trato. (Acariciando la mejilla á Lorenza, que hace un gesto y se retira donde está Mónica.)

LOR. (Bajo á su hermana.) ¡Para el tonto que lo crea, sobón!

ROD. (A doña Petra.) ¿Y qué era?

PET. Al tanto de aquellos atrasos en el pago de las contribuciones.

ROD. Eso no vale nada. Véngase hacia casa conmigo y allí lo arreglaremos. Quédense las chicas por aquí. Siempre hallarán con quien pasarlo... (A las muchachas. Abajo, en el muelle, quedó Pepe con don Alberto y don Jerónimo. (A doña Petra.) Andando, doña Petra. Yo soy alcalde de manga ancha, todo se arreglará. Hasta más tarde, niñas guapas. (Durante la escena que sigue, Trasmallo y la Gibiona pueden pasear por el fondo, y aun entrar y salir por él.)

ESCENA XIV

LORENZA y MÓNICA

LOR. La madre es vieja y olvida que somos jóvenes nosotras, y que este vivir donde ella encuentra su tranquilidad relativa, ¡y tan relativa! es para nosotras martirio.

MÓN. ¡Pobre madre!...

LOR. Más aisladas que en un desierto nos hallamos aquí.

MÓN. Verdad.

LOR. Cada invierno que se avecina, me causa más terror y más odio. Mal hizo nuestro padre en no educarnos como á las pescadoras. Seríamos dos bestias más. Eso íbamos ganando.

MÓN. (Con tono conciliador.) Estás acalorada por la grosería de las invitaciones y desbarras, mujer.

LOR No es acaloramiento. (Encogiéndose de hombros.)

Después de todo, ¿qué me importa?... Es que la aldea me pesa como una montaña en el alma.

MÓN. (Sonriendo.) Sobre todo desde que conoces á Alberto.

LOR. Como te pesa á tí, hipocritilla, desde que conoces á Jerónimo.

MÓN. ¡Es tan agradable!... ¡Habla unas cosas tan bonitas!...

LOR. ¡Y Alberto, con sus arrebatos y sus frases apasionadas!.. Cuando habla de amor, no hay más remedio que sentir el amor. ¡Como habla él, soñé siempre, siempre, desde que fuí mozuela, que me hablaría alguien! (Con pasión.) Y ese alguien es un pasajero, uno que se irá pronto para no volver quizás nunca.

MÓN. ¡Quién sabe!...

LOR. Yo lo sé. Novios de verano. Iguales son que que los soles de nuestra tierra. Asoman en Junió y al llegar Octubre se pierden en el horizonte. Solo que el sol vuelve. Ellos se irán para no volver.

MÓN. ¿Quién sabe?...

LOR. ¿Por qué repites el quién sabe? ¿Por qué nos enamoran?... ¿Por qué tu alma y la mía están pendientes de ellos?... ¡Bah!... Se irán. Y nosotras quedaremos aquí para oir las necedades de López y de Pérez, ó para sufrir á título paternal los sobos de Rodrigo. No hay duda que el programa es encantador.

MÓN. Acaso te engañas. Jerónimo me ha jurado que su amor es verdad. Cierto que algunas veces me asusta con sus ideas y sus imaginaciones de loco; pero no le considero capaz de mentir.

LOR. Y no miente. No miente Jerónimo al jurar que te adora. No miente Alberto dándomelo á entender con sus acciones y palabras.

MÓN. ¿Entonces?...

LOR. ¡Entonces!... ¡Inocente!... ¿Crees que Jerónimo y Alberto son de los que andan por el mundo con los dichos en una mano y con el cura en la otra?

MÓN. ¡Lorenza!...

LOR. Mejores ó peores, ellos son de otra pasta; aman por la dicha de amar, sin echarse al cuello cadenas. Por eso te digo, que se irán como los soles de este cielo, con la primer lluvia del Octubre.

(Mónica queda sentada en el banco, con la mano apoyada en la barba. Lorenza en pie, perdidos los ojos en la lejanía. Aparecen en las escaleras del muelle, Alberto, Jerónimo, Pepe y Gundemaro, y avanzan á primer término. Casi al mismo tiempo que ellos lo hacen desde el sitio donde se encuentran La Gibiona y Trasmallo.)

ESCENA XV

LORENZA, MÓNICA, la GIBIONA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE, GUNDEMARO y TRASMALLO

PEPE Allí están las niñas.

GUND. Los amores de ustedes.

ALB. ¿Por qué no? Lorenza es muy hermosa.

JER. Mónica es bella y dulce. (Avanzan hacia las muchachas y las saludan.)

TRAS. (A la Gibiona.) No me voy sin que eches otra suerte. *Pué* que en ella seamos mejor *afortunaos* (Registrando el bolsillo del pantalón y sacando de él una moneda de dos reales) Has de echarla con esta pieza de dos reales. Paice que el rey nos mira, diciendo: ¡Que *sus* toca, Trasmallo, que *sus* toca! (Llegando á la rifa, donde habrán aparecido momentos antes Ernestina y Gertrudis.) Doña Ernestina, una papeleta.

ERN. (Presentando la urna á la Gibiona.) Allá va. (La Gibiona deja los dos reales en el mostrador y saca una papeleta)

ALB. Veamos la suerte de Trasmallo. (Todos se aproximan al kiosco. La Gibiona desenrolla la papeleta poco á poco.)

TRAS. *¡Pintao!... ¡Pintao!...* ¿No te lo dije? Lleva número: el doce. (Entregándolo á Ernestina, que se dirige al fondo.)

ALB. ¡Mi cuadro!

TRAS. ¿Mi retrato? ¡Quéjate, Gibiona!

GIB. Prefiriera los *penientes* de *prata* con corales.

ERN. (Entregando un retrato pintado al óleo á la Gibiona.) Ahí va.

GIB. (Mira el retrato como asustada.) ¡Anda, Dios!...

LOR. (A Alberto.) ¡Admirable!

TRAS. (A la Gibiona.) ¿Ande vas á ponerlo?

GIB. ¿Ande? En mi alcoba. Entre un retrato del *Bombita* que tropezó padre en un *peródico* y un San Francisco que le regaló á madre el cura.

ALB. Sea enhorabuena, Trasmallo. Vas á estar entre las dos grandes instituciones españolas: el torero y el fraile. (A Trasmallo.)

TRAS. Cuando te acuestes, ya levantarás los ojos *pa* mí. (Dirigiéndose con la Gibiona al sitio donde hayan dejado el cesto con la pesca.)

GIB. Calla. Y cárgate el cesto de pescao, que no quiero ensuciar la *pentura*. (Trasmallo lo hace y salen juntos por la derecha.)

ESCENA XVI

LORENZA, MÓNICA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE. GUNDEMARO, ERNESTINA y GERTRUDIS en el kiosco. A poco MARÍA, ROSARIO. ANTONIA y LÓPEZ

ALB. (A Lorenza.) Y á ustedes, ¿á qué hora les toca despachar en la rifa?

LOR. A ninguna.

MÓN. No nos han invitado, por olvido sin duda.

JER. Mejor. Ese trabajo ahorran á ustedes y ese dinero nos ahorran á nosotros.

GUND. Olvido fué.

PEPE O mala idea de la presidenta. (A Alberto, que manifiesta contrariedad.) Es María. Las feas tontas odian cordialmente á las que no lo son...

GUND. (Señalando á la izquierda.) Ahí viene con López y con esas chicas de Madrid. (Entran por la izquierda María, Antonia, Rosario y López. María será mujer de antipática fealdad. Vestirá con lujo, pero con gusto detestable.)

MAR. Gracias por la agradable compañía. Ustedes á almorzar: yo á despachar unos cuantos billetes. Esta tarde en la playa, y esta noche en el baile. (Mirando con desdén envidioso á Lorenza y Mónica.)

ROS. En el baile nos reunimos todas.

MAR. Todas las que nos debemos reunir. El baile es de etiqueta. Ni todas tienen traje de etiqueta, ni derecho á asistir donde se reune gente principal. De ahí que se hayan limitado las invitaciones. Si no estaría aquello imposible. (Pasa arrogantemente por delante de Lorenza y Mónica y entra en el kiosco.)

LÓPEZ Acompañaré á ustedes.

ANT. Encantadas. (Salen de escena por la derecha Antonia, Rosario y López.)

ESCENA XVII

LORENZA, MÓNICA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE, GUNDEMARO. MARÍA, ERNESTINA y GERTRUDIS, en el kiosco. En primer término María

PEPE (Bajo, á Gundemaro. Por María.) (¡Qué mala entraña tiene!)

ALB. (Nervioso. A Lorenza) Supongo que ustedes asistirán al baile.

MÓN. (Confusa.) No nos han invitado.

LOR. (Arrogante y provocadora.) Ni tenemos ropa de etiqueta; ni somos gente principal.

ALB. (Alto y encarándose con María.) Tienen ustedes traje de etiqueta, su divina hermosura y tienen la principalidad de su gracia y de su talento. Donde ustedes se hallen estará la belleza, que para triunfar no necesita invitaciones. La arena de la playa es mejor alfombra que todos los tapices; la luna, lámpara mejor que todos los eléctricos focos; posee lo que ellos no pueden ostentar: poesía y misterio. ¡A la playa esta noche! A reinar en ella y á bailar si quieren también, que música no ha de faltarnos. Este que no tocaría su violín en un casino cursi por to-

das las dádivas del mundo, tocará gratis delante de ustedes y su digna madre de ustedes.

LOR. (Con gratitud.) ¡Alberto!...

JER. Ya lo creo que tocaré.

ALB. (A Lorenza. Bajo.) No quiero ver en esa cara una sola palidez de amargura. (Se acerca al kiosco, saca del bolsillo un billete del Banco y lo echa sobre el mostrador. A María.) ¡A ver! ¡Despache á estas señoritas doscientos billetes! ¡y pronto! ¡Tienen prisa!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa la playa de Mérina, tapizada por arena finísima.

La decoración será á todo foro, rematando la playa en el fondo rocas y estribaciones de la montaña, cubiertas de vegetación y recortadas por caseríos y boscajes.

A la derecha, en segundo término, un fondín rústico, practicable, del cual se verá la puerta y una ventana. En primer término, á la derecha, una lancha de las llamadas traineras, medio tumbada contra el suelo, calzada, como se dice en términos marineros.

A la izquierda unos peñotes bajos, de altura poco mayor que la de un hombre, con esa entonación parduscа que toman las rocas al contacto del agua. Sesgando estos peñotes y casi llegando á primer término, otros de parecida estructura y tamaño.

Las peñas que conducen desde la playa á la montaña serán practicables

La escena comienza al caer de la tarde, media hora antes de ponerse el sol.

Al alzarse el telón aparecen en escena Antonia, Rosario, López, Pérez y Trasmallo. Este último junto á la lancha, dedicado á los trabajos de carena.

Antonia y Rosario sentadas y con las sombrillas abiertas. Pérez y López sentados ó en pie al lado suyo.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA, ROSARIO, PEREZ, LÓPEZ y TRASMALLO

TRAS (Cantando con el estilo propio á los cantos populares montañeses.)

Caminando va la luna
entre nubes por el cielo.
Marinera de mi vida,
qué noche para querernos.
Anda, que me caigo
y no me puedo levantar.
Anda, que me caigo
á la orilla de la mar.

ANT. (A los del grupo.) Bien canta el pescador.

LÓPEZ Y prisa debe tener por echar la embarcación al agua, cuando trabaja hoy.

ROS. Verdaderamente.

LÓPEZ A buen seguro es el único mozo de la aldea que no anda por la plaza aguardando la hora de la música.

PÉR. Listo es con no desperdiciar el tiempo. Para los pescadores sólo quedan diez ó doce días de buen comer. Luego se entra el invierno y con el invierno las hambres.

ANT. ¡Pobre gente!..

LÓPEZ (A Trasmallo.) ¿Dándole al martillo, Trasmallo?

TRAS. Dándole. Un golpe nos levantó esta madrugada dos tablas y mañana en antes de ser luz, hay que hacerse á la mar.

PÉR. ¿Trajo mucha carga el vapor?

TRAS. Para seis días tiene.

LÓPEZ (Acercándose otra vez á las muchachas.) ¿Y ese baño, qué tal?

ANT. ¡Delicioso!

PÉR Yo dí por seguro que estaban en el agua, sin verlas.

ROS. (Acercándose á Pérez.) ¿Es usted adivino?

PÉR. No. Pero como sé poco más ó menos á la hora que se bañan y ví á don Rodrigo sobre una peña con los gemelos en los ojos, me dije: Dentro del agua están.

ANT. Con nosotras entró María.

PÉR. Por María no le da Rodrigo á la tuerca de los gemelos.

TRAS. (Bajo á López que estará al lado suyo.) Pues por ver á éstas tampoco les daba yo á la tuerca.

LÓPEZ ¿No?

TRAS Es mala pesca: todo espina.

ROS. María no salió aún.

ANT. Tarda en arreglarse más que nosotras.

LÓPEZ Es que ustedes necesitan menos arreglo.

ROS. Por Dios, no critique. Es una amiga á quien apreciamos.

LÓPEZ También la apreciaban sus padres y no la pudieron hacer guapa.

ANT. ¡Eso sí, fea es.

ROS. Y exagerada en el vestir.

ANT. Y pagada de su caudal.

ROS. Y muy dominante.

ANT. Y un poquillo chismosa.

ROS. Por lo demás, tiene condiciones excelentes.

TRAS. (A Pérez.) ¿Qué será lo demás?

LÓPEZ Ya sale María de la caseta.

ANT. Corramos en su busca.

PÉR. A dar el paseo de costumbre.

ROS. Hoy será más corto, porque hemos de comer y prepararnos para el baile.

(Salen por la derecha mientras Trasmallo canta acompañándose con el martillo y la Gibiona aparece en las peñas del fondo y desciende sin ser vista donde está Trasmallo, para llegar junto á él cuando termina su canción.)

TRAS (Cantando.)

Anda, que me caigo
y no me puedo levantar.
Anda, que me caigo
á la orillita de la mar.

GIB. Yo sí caíme.

TRAS. ¿Eres tú?

GIB. Y en la tu busca iba.

ESCENA II

La GIBIONA y TRASMALLO

TRAS. ¿Qué sucede, mujer?

GIB. Sucede que atizome padre una paliza.

TRAS ¿A tí?

GIB. Con un chicote púsome las espaldas negras.

TRAS. ¡Qué animal es tu padre! ¡Poner negra carne tan blanca! ¡Déjame ver el daño!...

GIB. ¡Huye!... (Rechazándole.) ¡No vengo yo de broma!... (Viendo que Trasmallo se ríe.) ¿Ríes?... (Con enojo.) ¡Después que por culpa tuya fueron los chicotazos! (Restregándose los ojos.)

TRAS. ¿Por mi culpa?

GIB. Por la del *condenao* retrato de aquel *condenao* pintor.

TRAS. ¿No estaba á gusto del tu padre?

GIB. El que no esta á gusto del mi padre eres tú.

TRAS. ¿Qué fué?

GIB. Verás. Entré en casa con el retrato, y viéndolo estaba con madre cuando padre llegó. ¿Qué es esto?—dijo.—Un retrato—le contesté.—En la rifa tocome.—¿Y tienes la poca vergüenza—gritó—de traer á ese cochino aquí?... ¡Ahora verás tú!—Y cogiendo el retrato lo tiró por tierra y comenzó á darle patadas y á gritar: «¡Toma, Trasmalló! ¡Morralón! ¡Piojoso! ¡Muerto de hambre!...» Más de cien patadas le dió.

TRAS. (Encogiendo los hombros.) ¡Ahí me las den todas.

GIB. ¡Tronzaíta vengo, Trasmallo!

TRAS. Por el retrato no te apures. ¿Rompiolo á coces? Bueno va.

GIB. Sin él quedo.

TRAS. A la cuenta, *pa* el miércoles he de ir á la ciudad. Metereme en una de esas *fotrogafías* ande le sacan á uno á máquina, y tendrasme completo, no por la mitad como en el otro. A más, los retratos del de lá ciudad

son así tamaños. (Señalando el de una tarjeta.) Esconder puedes el que te dé ande no lo halle el padre tuyo.

GIB. *¿Ande?*

TRAS. Pongo por caso, ahí. (Señalando el pecho de Gibiona.) Entre la camisa y la carne. *¡Condenao* retrato! ¡Maja casa va él á tener!

GIB. Por lo menos nueva será y el tu retrato el primer enquilino.

TRAS. ¡Gibional... (Cariñoso.)

GIB. Lo del retrato arreglado quedó. Pero este cuerpo, ¿quién lo arregla?

TRAS. Yo mesmo. (Tratando de cogerla.)

GIB. Padre jura que no he de hablar contigo y que ha de romperme las costillas si te hablo.

TRAS. Madre dice que muerto me prefiere á hablando contigo.

GIB. ¿Qué hacemos entonces?

TRAS. Lo que hacemos, hablar.

GIB. Es...

TRAS. ¡Bah!... ¿Piensas que se ponen así porque yo soy yo y porque tú eres tú? Si yo no fuera yo y fuera otro; si tú no fueras tú y otra fueses, se pondrían igual. Y no por temor á que echémosla por mala parte, por temor á que echémosla por buena y casemos. ¿Comprendes?

GIB. Como no hables más claro...

TRAS. ¡Ay, cordera, qué inocentona qué eres tú!... Tu hermano casó ya. Tú eres quien, vendiendo por esos pueblos el *pescao*, llevas á tu casa ganancia. Patrón soy yo de la lancha que dejonos mi padre. Mis hermanos son pequeñucos. *Pa* ganar el pan de mi casa yo solamente sirvo. Si tú y yo casáramos los ganadores se iban y en la casa de nuestros padres entraran menos perras. Por eso gruñen ellos, por eso gruñen todos los padres en todas las casas del lugar cuanto que cortejan los mozos. Por eso hay que no hacerles caso y seguir adelante. Sigamos; por nuestras acciones no hemos de ir al infierno y ni nos han de echar de la iglesia. A la postre arréglanse las cosas. Con tu her-

mano Francisco en brazos fueron los tus padres por las beniciones del cura y no les llevó dinero.

GIB. Padre es un salvaje y tiene los puños de hierro. A lo pronto esta noche no bailaremos juntos. Si vas esta noche á la plaza no te arrimes á mí. Es lo que venía á decirte.

TRAS. ¿No arrimarme?... ¿Por qué?

GIB. Porque padre ofreció que me pateaba igual que al retrato si bailaba contigo.

TRAS. ¿Y vamos á estar en la plaza mirándonos, sin hablar, sin jalear los cuerpos, sin apretujarnos en el agarrao? ¿Te parece á tí bien, Gibiona?

GIB. Muy mal me parece, Trasmallo.

TRAS. ¿Lo vas á consentir?

GIB. ¿Qué le haremos?

TRAS. No ir á la plaza ninguno de los dos; escabullirnos de los viejos y encontrarnos en otra parte.

GIB. ¿Dónde?...

TRAS. Por un ejemplo, aquí, junto á la mi barca.

GIB. ¿Junto á la barca?

TRAS. ¿Ande mejor? *Virgen María* llámase. Ven junto á ella esta noche.

GIB. ¡Venir!...

TRAS. Venir á que yo te diga junto á mi barca que te quiero, Gibiona. Venir á que te cure los cardenales del chicote. Venir, porque es noche fiesta y no vamos á pasar la fiesta uno lejos del otro. ¿No dices que me quieres mucho?... Aquí estaré en cuanto que cierre la noche. No me digas si has de venir tarde ó temprano. Yo junto á la barca me estoy... (Cogiendo por las muñecas á la Gibiona.) ¿Vendrás?...

GIB. (Después de una ligera pausa. Entre confusa y amorosa.) ¡Vendré! (Se desase de las manos de Trasmallo y sale corriendo por las rocas; cuando llega á lo alto se para mirando á Trasmallo.)

TRAS. (Mirando hacia donde está la Gibiona. Canta.)

Caminando va la luna,
entre nubes por el cielo

Marinera de mi vida
qué noche para querernos.

¡Ji, ji ji!... (Con el grito final de las canciones montañesas.)

(Mientras Trasmallo canta la Gibiona desaparece poco a poco volviendo la cabeza hacia él. Don Rodrigo aparece por la derecha.)

ESCENA III

DON RODRIGO, TRASMALLO. Al final LORENZA, MÓNICA y DOÑA PETRA por la izquierda

ROD. Bien se mira, Trasmallo.

TRAS. Pues usté no cierra los ojos.

ROD. ¿Quién los cierra ante una buena moza? La Gibiona buena mozuca está. Cacho de gloria vas á llevarte, pillastrón. ¡Quién fuera tú en el mundo!...

TRAS Vaya, don Rodrigo, de cuchufleta viene. ¿Usté rico y señor y alcalde y con las mozas a *puñaos* como la *manjua,* va á tenerme envidia á mí, pobre y marinero de costera? ¿Por qué? ¿Porque una mozuca, una sola, me haga buenos ojos? ¡Ay, don Rodrigo, déjeme la mozuca á mí! Ella no le hace falta *pa* el su contentar; á mí sí. Mozas topará siempre que le apetezca. Nosotros, los pobres, gracias que topemos con una

ROD. Más pez eres tú que los enganchados por tu anzuelo. (Sacando la petaca y ofreciéndosela á Trasmallo.) ¿Quieres?

TRAS Gástalo muy flojo, don Rodrigo, y no sirve para la mi pipa.

ROD. (Sacando del bolsillo un puro.) Ahí te va ese puro. A este no le dirás que no.

TRAS. (Cogiendo el puro.) *Pa* el domingo lo guardaré. (Señalando á las peñas del fondo por las cuales bajarán Lorenza, Mónica y doña Petra.) Allá bajan doña Petra y sus hijas. ¡Esas sí que están dos mozonas! Pobres son y han de mantener el señorío. ¡Ahí sí que con dineros se puede echar una buena *redá!*

Rod.	Agudo eres.
Tras.	Con su permiso, voy á ver si en el fondín me calientan este poco de brea. (Cogiendo un bote de hoja de lata que tendrá dentro de la barca y dirigiéndose al fondín, donde entra.)
Rod.	Vete con Dios, muchacho. (Se dirige al encuentro de las otras que llegan á escena.)

ESCENA IV

DOÑA PETRA, LORENZA, MÓNICA y DON RODRIGO

Rod.	(A doña Petra.) ¿A recrearse por la playa?
Pet.	Sí, señor. En algo hay que pasar la tarde.
Rod.	Ya me dijo María que no os había mandado invitaciones para el baile porque es de etiqueta y no tenéis traje á propósito. Mucho lo siente ella.
Lor.	Claro. Para ella habrá sido un dolor.
Rod.	¡Maldita la ropa de etiqueta! A los hombres de por fuerza nos la hacen poner y por no tenerla se quedan sin baile las dos chicas más guapas del lugar.
Pet.	No es cosa tan necesaria un baile.
Rod.	Pero es lo que yo digo: ¿qué falta hacen para divertirse los fracs y los descotes? Vamos, los descotes me explico que hagan falta. ¡Los fracs! Con el mío puesto no sé yo menearme. ¡Excuso deciros los pollos de la aldea! Más se divertirán con su baile los marineros. ¡Y de qué gusto bailaría en la plaza yo y mandaría al cuerno al baile de etiqueta!...
Món.	¿Por qué no lo hace?
Rod.	Porque soy alcalde. La primera autoridad no puede faltar á esas funciones. Ahora que mi vueltecita por la plaza la doy. ¡Vaya si la doy! Estaré en los dos sitios.
Lor.	Esa ventaja lleva sobre nosotras. Usté puede estar en los dos sitios, nosotras en ninguno. Para el baile del casino nuestro vestir es poco, para el baile de la plaza, mucho. En el uno no nos sacarían por descote de

menos. En el otro nos quedaríamos sentadas por volante de más. Después de todo tiene gracia. Y no es queja. No me quejara nunca. Hoy menos porque estoy muy alegre.

PET. Pues á gozar de tu alegría y que cada cual se divierta como lo disponga su suerte.

ROD. Bien dice. Voy á ir preparando la ropita de torear. (A Petra.) Ya mandé al secretario que archive esos recibos hasta que usté los pida. Tarde lo que quiera Una cuenta más sin pagar en este ayuntamiento, no se echa de ver.

PET. Gracias por sus bondades. (Don Rodrigo se dirige á las peñas del fondo y sale por ellas.)

ESCENA V

LORENZA, MÓNICA y DOÑA PETRA

MÓN. Ya se tardan.

LOR. Y ya es sorpresa verte impaciente alguna vez.

PET. Y ya es locura nuestra haber aceptado el convite.

LOR. La invitación no partió de Alberto y Jerónimo. Partió de Gundemaro y de Pepe. Pepe es amigo de la infancia. Gundemaro sobrino tuyo es.

PET. Sin embargo...

LOR. No te preocupes, mamá.

MÓN. No hay motivo. El proceder de María sublevó á esos señores. Pepe y Gundemaro, dolidos también de que prescindieran de nosotras, nos propusieron una cena en el restaurant de la playa, una cena contigo, madre. ¿Qué hay en ello? Para tí una satisfacción, para nosotras un poco de alegría, de esa alegría que raras veces disfrutamos.

PET. Mil quisiera yo proporcionaros. Pero ya veréis como luego todo son críticas.

LOR. ¿De quién? ¿De esa gente que sólo se acuerda de nosotros para mortificarnos?.. ¡Bah! Cuando la tristeza nos domina, ¿vienen á

consolarnos ellos? Y hoy que la alegría nos busca, ¿la vamos á huir por temor á los juicios suyos? Ríete de sus críticas y déjanos reir á nosotras. ¡Déjanos dos horas de felicidad respirando aire puro, viendo y oyendo cosas bellas, ensanchando el alma! (Viendo á Alberto, á Jerónimo, á Gundemaro y Pepe, que salen del fondín.) ¡Allí están los cuatro!... (Dirigiéndose hacia ellos llena de alegría y gentileza.) ¡Ah, perezosos!... ¡perezosos!... (Alberto y los otros llegan donde están las señoras. Alberto y Lorenza quedarán algo separados del grupo principal.)

ESCENA VI

LORENZA, MÓNICA, DOÑA PETRA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

JER. Perezosos no, que estábamos ocupándonos en la cena.

ALB. (A Lorenza.) ¿Cómo ha de haber en mí pereza, siendo usted quien me aguarda? (Alto.) Una hora hace ya que vinimos. Para dar tiempo fuimos á saludar al capitán del vapor llegado esta mañana. De Nápoles llega y amigo íntimo es mío y de Jerónimo. Con la visita y todo aun tuvimos tiempo de inspeccionar los víveres que hay en el fondín.

PEPE Aparte un arroz que estará como de la tía Maiza, tendremos pescado recién salido de las barcas.

JER. (A Mónica.) ¿Ve usted aquellos puntos blancos, chiquirritines, muy chiquirritines? Son las lanchas de promisión.

PEPE Tardarán un poco; pero merece la pena de aguardarlas.

GUND. Después de todo, prisa no hay.

PET. Por mi parte ninguna.

JER. ¡Calcule por la nuestra!..

GUND. También pondrannos unas chuletas de cordero lechal. Tiernas serán como bizcocho.

En el patio he visto al corderillo durmiendo ante los sacrificadores. Cordero pascual parecía por su blanco vellón.

ALB. Y de pascua será la noche. ¡Pascua de arte y de placer y de poesía! Algo de aquellas fiestas panianas que los poetas de la Grecia describen.

PEPE Si quieren ustedes, Gundemaro se las explicará ce por be.

LOR. No hace falta. En la biblioteca de mi padre hojeé libros que hablan de esas fiestas. A ser como los poetas griegos las pintan, eran encantadoras. Y eso que hice en traducciones la lectura. Mi sabiduría no llega al griego.

JER. Esta noche ni la música ha de faltarnos. No soy, precisamente, el Dios Pan, ni mi violín es el mitológico caramillo; pero yo le haré hablar de amores. Veremos si alguna ninfa piadosa acude á mi reclamo.

PEPE No faltará la ninfa. ¿Verdad, retrepreciosa Mónica?

MÓN. (Avergonzada.) ¡Yo qué sé!...

GUND. ¡Fiesta de arte, oreada con sones músicos!... Bella será, indudablemente; pero hubiérala preferido allí, en la iglesia románica, cerca del órgano vetusto, á la tenue luz de las lámparas siglotreceñas. En la iglesia, entre las tumbas de los héroes cántabros, hubieran evocado los dedos génicos de Jerónimo el recuerdo de aquellos inmortales maestros que llamáronse en vida Peñalosa, Diego de Contreras, Juan de Anchieta, Alonso del Castillo...

PEPE Ya soltó el chorro mi hombre.

ALB. Hermoso sería; y más hermoso, ¿no es así, Gundemaro? que á los sones músicos saltaran de sus tumbas los abades con sus mitras, las vírgenes con sus velos altos, las monjas con sus tocas, los reyes con sus coronas, los caballeros con sus armaduras... Pero convengamos, amigo, en que el espectáculo es algo macabro para damas y en que es más hermoso el de esta montaña y este

mar y este cielo que hablan con voces de pasión al amor y á la vida.

JER. (A Mónica.) Sin perjuicio de que yo también hable; porque al lado de usted y para hablar de amor, no le cedo el turno á la Madre Naturaleza.

PEPE El programa de la cena no es definitivo hasta que lo aprueben ustedes. ¡Conque, andando á la fonda!... El cordero pascual, aguarda el cuchillo del sacrificador.

GUND. En el kiosco, preparado por la tía María detrás de esas peñas, se halla prevenido todo lo necesario á nuestro esparcimiento. En mi bolsillo está la llave del kiosco. De él no saldrá hasta que llegue la hora del gaudeamos y con las cuatro ventanas de par en par abiertas, seamos envidia de curiosos á la luz poética de luna.

ALB ¡Andando!

PEPE. (Por Mónica, Lorenza, Jerónimo y Alberto) Esas dos parejas delante. Nosotros aquí (A doña Petra, por él y Gundemaro.) al lado de usted; de personas formales.

PET. Alguna vez te había de tocar.

(Se dirige hacia la derecha en la forma indicada, á tiempo que aparecen también por la derecha María, Antonia, Rosarito, Ernestina, Gertrudis, Pérez y López.)

ESCENA VII

LORENZA, MÓNICA, ERNESTINA, GERTRUDIS, MARÍA, DOÑA PETRA, ANTONIA, ROSARITO, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE, GUNDAMARO, PÉREZ y LÓPEZ

LOR. (Al ver á los otros.) ¡Qué contrariedad!

ALB. ¿Esa gente? ¿Qué le importa á usted de esa gente?

LOR. Nada, pero hay ocasiones en que cierta gente obscurece las alegrías, aunque no haya más que pasar junto á ellas.

ERN. (Adelantándose hacia el grupo que forman Lorenza, Mónica, doña Petra y los cuatro hombres.) ¡Hola! ¡Hola! En la playa aún.

PEPE — Sí, queridísima parienta. (A María, que se detuvo como los otros, haciendo un gesto de contrariedad.) Todos los presentes hacemos rabona á nuestro baile.

MAR. — ¿No vas?

PEPE — No.

ERN. — ¿Ni estos caballeros tampoco?

ALB. — No, señora. Doña Petra fué tan amable que aceptó un paseo con nosotros. Ustedes á lucir en ese delicioso casino, nosotros á ver la luna y á dejar que nos iluminen sus rayos, mientras canta el aire melodías y rompen en la playa las olas.

ERN. — ¡Poético será el espectáculo! A no tener comprometidos ocho bailes me quedaba aquí con ustedes. A propósito de bailes. (A Jerónimo.) ¿Y el nuestro?

JER. — ¿Qué es un bailarín menos para quien tiene tantos?

PEPE — (A Gertrudis.) ¿Tú no irás?

GER. — No.

MAR. — ¿De modo, doña Petra, que usted de calaverona por la playa?

PET. — Sí, María, algo hay que hacer porque no se aburran las hijas, ya que no pueden ir al baile.

MAR. — Vaya, vaya. Pues divertirse y hacer unas cuantas locuras.

MÓN. — Todas las que pueden hacerse delante de una madre.

LOR. — Vamos. (Dirigiéndose hacia la derecha seguida de los otros.)

PEPE — Toma precauciones en el vals, que los galanes se aprovechan del vértigo. (A Ernestina.) (Entran en el fondín, cuyas luces se encenderán, Mónica, Lorenza, doña Petra, Alberto, Jerónimo, Pepe y Gundemaro. Comienza á obscurecer. Al terminar la escena que sigue, es completamente de noche.)

ESCENA VIII

MARÍA, ERNESTINA, GERTRUDIS, ANTONIA, ROSARIO, PEREZ y LÓPEZ

ERN. ¡Qué verde es Pepito!...

ROS. ¡Lástima que no vaya esta noche.

MAR ¡La madre!... La madre, si hace falta, cerrará los ojos. En su posición y con dos hijas, hay que estar ciega muchas veces.

GER. Un poco atrevido es cenar con dos forasteros.

LÓPEZ ¡Y artistas!

ANT. Dígalo. Los artistas son muy malas cabezas.

MAR. Pues Lorenza y Mónica y su mamaíta, no dicen que no á la cuchipanda; y el perdido de Pepe y el estúpido de Gundemaro prefieren acompañarlas á venir al casino. De todas maneras, buena rabieta pasan esas cursis Que se atraquen de arte y de poesía, pero no darán una vuelta de vals.

LÓPEZ (A Rosario) Todo es envidia, créamelo usted. La mitad de su fortuna daba María por cambiar de cara con ellas.

ERN. Deseando estoy que den las nueve. Por fin me decidí. ¡Qué de dudas con los picaros trajes!... He revuelto unos... otros... Al cabo llevo el rosa. Uno rosa con golpes azul pálido. El adorno de flores. Una guirnalda sobre el lado del corazón y otra en la cabeza.

ROS Pues dese prisa si ha de ponerse todas esas cosas, porque ya se hizo noche.

MAR. La barca nos pasa en un momento. En marcha, y dejemos su playa á esas zurce trapos.

(Se dirigen hacia la izquierda, por donde desaparecen, á tiempo que salen del fondín Pepota y Trasmallo, los cuales llegarán á primer término cuando hayan salido los otros. Trasmallo llevará en una mano un farol encendido y en la otra el cacharro con brea que fué á calentar al fondín.)

ESCENA IX

TRASMALLO y PEPOTA

TRAS. Ya que vas *pa* la aldea, pásate por mi casa y dí á la mi madre que no me espere á cenar esta noche.

PEP. ¿Quédaste?

TRAS. Arrematando el avío de la embarcación. Con el farol y con la luna arreglareme bien. Es trabajo de una hora. Tomé un bocado en casa *la Maiza*, de manera que en cuanto concluya aquí á la plaza me voy.

PEP. A echar bailes con la Gibiona.

TRAS. O con la que se tercie. Ya veraslo, si estás allá.

PEP. ¡No he de estarlo! Ni un baile perderé tan siquiera.

TRAS. ¿Con Chaples bailarás?

PEP. Natural que con Chaples. Bien hemos de trenzar al repicón de la pandera. Descuida, que daré el aviso á tu madre. (Se dirige á las peñas del fondo donde desaparece.)

TRAS. Gracias por el favor, Pepota, y anden el clavo y la barrena.

(Se pone á trabajar en la lancha. Salen del fondín y entran en escena Mónica y Jerónimo.)

ESCENA X

MÓNICA, JERÓNIMO y TRASMALLO

JER. ¿Le asusta lo que digo, Mónica?

MÓN. Me asusta esa vida y ese mundo de que usted me habla. Sólo de oírselos describir á usted me parece que respiro mal y que me ahogo. No podría vivir en ellos.

JER. ¿Ni con mi amor?

MÓN. Es que también me asusta su manera de pintar el amor.

JER. No hay más que un amor, Mónica.

MÓN. Pero hay mil modos de sentirlo. Tampoco hay para el vuelo de las aves más que un espacio. Algunas suben mucho, porque tienen las alas grandes; las que tienen pequeñas las alas, vuelan á ras de tierra. Yo debo ser de estas, Jerónimo. (Separándose de Jerónimo y dirigiéndose hacia su madre que aparece en la puerta del fondín seguida por Lorenza, Alberto, Pepe y Gundemaro.)

TRAS. ¡A ver si dales á estos por pasear y me echan á perder la noche! (Apaga el farol y se dirige hacia la izquierda, por donde sale.)

ESCENA XI

LORENZA, MÓNICA, DOÑA PETRA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

(Sobre la playa márcase una claridad rojiza y confusa.)

ALB. Ya traspuso la montaña la luna.

GUN. Sus rayos tocan en las almenas del castillo. (La luz se hace poco á poco más blanca y más intensa, marcando la ascensión de la luna por el horizonte.)

ALB. ¡Qué amorosa y qué blanca! Luz de amor es sobre el verde la montaña.

LOR. Como un río dentro del mar van sus rayos por entre las aguas azules.

JER. Ya llegó la que preside nuestra fiesta.

PEPE Con placer la recibimos todos.

PET. Todos. Los jóvenes, porque ella les trae esperanzas. Los viejos, porque algún recuerdo nos trae. (Se sienta en una peña.)

PEPE Han hecho bien esas necias en no invitar á ustedes. Por obra de su grosería presenciamos este espectáculo, que es sencillamente encantador.

(Gundemaro, que mira hacia las peñas, se levanta.)

GUN. ¿Qué encantador? ¡Sublime! Miren ustedes aquí, á la vuelta de esta peña, cómo se hace la aldea plata, bajo el prusia del cielo.

(Doña Petra, Mónica, Pepe y Alberto siguen á Gunde-

maro y desaparecen detrás de la peña. Lorenza va a seguirles y Alberto, que está junto á ella, la detiene por una mano.)

ALB. No, Lorenza; no vaya usted. Déjeme ver la poesía de la luna en sus ojos.

ESCENA XII

ALBERTO y LORENZA

LOR. ¿En mis ojos?

ALB. En ellos, y sobre esta roca que besarán las olas cuando la marea suba y toque en ellas. (Hace sentar á Lorenza en la peña y se sienta al lado suyo.) ¿Por qué no así, Lorenza, para soñar juntos?

LOR. ¡Soñar!...

ALB. Soñar con los ojos abiertos, mirando hacia arriba, escuchando las voces de esta soledad que vienen y van por el espacio. ¿Nunca soñó así?

LOR. De no soñar, ¿cuál fuera su vida en la aldea? ¡Con sueños está hecha la poca felicidad que en ella se disfrute!... Educada por un padre artista, menos venturoso que usted, porque murió antes de triunfar, vine aquí niña aún, pero con el alma vaciada en en otro existir más grande, más inteligente, más libre. ¿Cómo no soñar? Cada hora de ensueño era una hora menos de esclavitud.

ALB. Soñemos juntos en la de ahora. Esta luz de leyenda predispone á los ensoñares.

LOR. ¿Para qué soñar?... ¿En qué soñar?...

ALB. ¿Para qué soñar?... Para eso; para soñar. ¿No es ello bastante?... ¿En qué soñar? En lo que es alma de la vida; en lo que en este momento flota sobre nosotros invisible. En el amor. ¿Quiere usted que soñemos con él?

LOR. ¡El amor!...

ALB. El amor. Un amor grande, poderoso, capaz de fundir para siempre á dos seres en una sola vibración. Un amor donde las criaturas

se amen por la dicha de amar, dándose al amor absolutas, totales, para que el amor las empuje y las lleve donde quiera llevarlas. ¿Qué importa el dónde si los amantes llegarán juntos? Amar por el amor consagrándose á él como los sacerdotes á su Dios, seguros de su fe, sin asustarse del martirio. ¿No es este el amor verdadero, Lorenza? ¿No es así como usted lo ha visto en las imaginaciones de sus sueños?...

LOR. Así lo he visto. Así lo comprendo y lo sentiría. Dándome al amado para siempre, por siempre, sin otra ambición que la de ser siempre, ¡siempre! adorada por él; sin otro porvenir que el suyo, sea este cual sea y llévenos donde nos lleve. También sé yo amar por el amor de amar. Solo que acaso lo que es en usted sobra de fantasía es en mí sobra de corazón. ¡Ah, mis sueños!... ¡Mis sueños!... Con ellos vagué solitaria por esos prados melancólicos, por esta playa donde rompen las olas. Por ellos iba ansiosa, palpitante, acudiendo á la cita de no sé quién que me aguardaba no sé dónde. ¡Así he soñado yo!

ALB. ¿Quiere usted que hagamos realidad el sueño?

LOR. ¡Alberto...!

ALB. ¿Quiere usted que lo sigamos juntos?

LOR. ¿Seguirlo?

ALB. Hasta donde él nos lleve.

LOR. ¿Donde nos llevaría?

ALB. ¡A la ventura...!

LOR. O al dolor.

(Breve pausa. Sale Trasmallo por la izquierda, á tiempo que aparece la Gibiona en las peñas del fondo por las cuales va hacia el encuentro de Trasmallo que la ha visto y acude en su busca.)

ALB. ¡Lorenza!...

LOR. Más bajo. Viene gente por ahí.

ESCENA XIII

LORENZA, ALBERTO, la GIBIONA y TRASMALLO

GIB. Bajé asustada de que me pudieran seguir. No me siguen.

TRAS. En cambio, á mí no me dejaron.

GIB. ¿Eh?

TRAS. (Señalando el sitio donde están Lorenza y Alberto.) Esos dos señoritos y otros que hay tras el peñote, empeñáronse en aguarnos la fiesta.

GIB. (Con mal humor.) ¡Miren! ¿Á qué vinieron?

TRAS. Por la cuenta, á lo que nosotros: á decirse quereres.

GIB. Con los sus quereres nos estorban.

TRAS. Con los nuestros estorbámosles *tamién* nosotros.

GIB. Eso, sí.

(Una nube que ha empezado momentos antes á cubrir la luna, la oculta completamente, dejando la playa en una semiobscuridad.)

TRAS. ¿Verdad que me quieres, Gibiona?

GIB. ¿Pregúntaslo y estoy aquí?

TRAS. Grandona es la playa, mozuca. Deja á esos y vamos nosotros playa *alante.*

(Empuja suavemente con el hombro á la Gibiona hacia las peñas del fondo, por las cuales empiezan á subir. Trasmallo rodeando con un brazo la cintura de la Gibiona, ésta apoyándose en el hombro de él; suben poco á poco con amorosa lentitud.)

ESCENA XIV

LORENZA, ALBERTO, la GIBIONA y TRASMALLO en el fondo. Luego JERÓNIMO tras de la peña

LOR. (Que ha seguido la marcha de Trasmallo y de la Gibiona en silencio.) Es una pareja de amantes.

ALB. Cogidos van por la cintura.

LOR. El amor los lleva.

ALB. ¡Es tan hermoso amar!

(Se escuchan detrás de una peña acordes suavísimos de un violin, entonando un pasaje amoroso de los clásicos. Breve pausa, durante la cual Alberto y Lorenza siguen como extasiados los sones de la música. Las figuras de Trasmallo y la Gibiona continuan subiendo por el fondo.)

JER. (Detrás de la peña.) ¡Oh, divino maestro! ¡qué bien habla amor en sus notas!

ALB. Todo habla en la playa de amor. ¿Qué va á decirme esa boca, Lorenza?

LOR. La luna tiene vergüenza del amor y se oculta tras una nube. ¡Alberto!... (Esconde su cabeza en el hombro de Alberto.) ¡Sí!... El amor mío es tuyo.

(Siguen sonando las notas del violín y perdiéndose en el fondo las figuras de la Gibiona y de Trasmallo, mientras cae el telón lentamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa un huertecillo entapiado en la casa de doña Petra.

A la izquierda la casa, una casita de un sólo piso, muy humilde y acusando en las desconchaduras y quebrajas de la fachada, de la falta de recursos en sus propietarios para acudir á reparaciones y revocos.

Al fondo, en la tapia, una puerta de una sola hoja, á la cual formarán marco plantas trepadoras que se extienden á todo el largo de la tapia ruinosa. Esta puerta será practicable y se hallará abierta al comenzarse la representación.

De la casa arranca un emparrado que avanza sobre el escenario.

En el centro de este, rodeando un castaño que lo endosela con sus hojas, habrá un banco circular de piedra tosca.

El resto del huertecillo será más huerta que jardín, indicando la previsión de quitar sitio á la belleza para atender las primeras necesarias urgencias de la vida.

La acción comienza al anochecer.

Al levantarse el telón aparecen en escena, sentados debajo de la parra en rústicas sillas, Mónica, doña Petra y Gundemaro.

ESCENA PRIMERA

MÓNICA, DOÑA PETRA y GUNDEMARO

PET. Ya llovió firme esta mañana.

GUND. Y el vendaval sopló de recio. Milagro será que á la noche no vuelva con más furia.

PET. Acabose el verano. De hoy para en adelante, sólo días tristes vendrán.

MÓN. Días tristes y noches largas, sin más compañía que la lluvia, llorando sobre las hojas de los árboles y golpeando contra las vidrieras.

GUND. Yo las acortaré con entre mis librotes y mis cachivaches antiguos, viviendo la vida de los muertos.

MÓN. Para vivirla no hacen falta tus librotes y tus cachivaches. ¡La vida de los muertos!... Todos la vivimos aquí.

PET. Si el vendaval torna, mal viaje van á llevar en el vapor esos señores.

MÓN. A la media noche se van.

PET. Tres horas llevaré de sueño cuando zarpen. Hay que achicar las noches metiéndose en la cama temprano. ¡Ya es capricho marcharse en el vapor! Bien que si no marean, más cómodo resulta el viaje.

GUND. Como el capitán es íntimo suyo y ellos han de estar uno en Roma en su puesto oficial de la Academia de Bellas Artes y el otro en Milán para los conciertos del otoño, aprovecharon la ocasión. El tiempo urge á todos y se hacen á la mar esta noche.

MÓN. (Pensativa.) ¡Esta noche!. .

PET. Siento de veras que se vayan. Son muy simpáticos los dos. Me recuerdan á tu padre. El también era artista. ¡El también soñaba en porvenires de felicidad y de gloria! Para realizarlos nos arrancó de aquí. Sueños que en la muerte encontraron despertares de angustia.

MÓN. ¡Pobre padre! ¡Pobre de nosotras también!

PET. (A Gundemaro) ¿Y tu inseparable Pepito?

GUND. Aquí vendrá con Alberto y Jerónimo. Despidiéndose del alcalde quedaron. No deben tardar mucho Mejor dicho, nada, porque aquí los tienen ustedes. (Entran por la puerta del fondo Alberto, Jerónimo y Pepe)

ESCENA II

DOÑA PETRA, MÓNICA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

PET. ¿De despedida?
JER. Sí, señora. Y corta ha de ser la visita. Cuando las despedidas son dolorosas para quien las hace, no deben prolongarse.
PEPE Y que ya, entre unas cosas y otras, el tiempo se les echa á ustedes encima.
PET. De todos modos no se irán sin decirle adiós á Lorenza.
JER. Eso nunca.
PET. Pues siéntense mientras ella viene. ¡Lorenza! (Dirigiéndose hacia la casa en la cual entrará.—Al irse doña Petra, Alberto, que durante la escena anterior ha permanecido silencioso y preocupado, pasea por el fondo en la misma actitud.)

ESCENA III

MÓNICA, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

PEPE (Contemplando la parra.) En racimos hierve la parra. (A Gundemaro.) Tráete una silla. Robaremos unas miajas á doña Petra.
MÓN. Coge lo que quieras. (Gundemaro acerca una silla á Pepe. Este se sube á ella y comienza á cortar, mejor dicho á desgajar racimos, que va entregando á Gundemaro. Jerónimo se aproxima á Mónica. Alberto sigue paseando por el fondo.)
JER. (A Mónica) ¡Qué pena tan grande separarme de usted!
MÓN. Es mayor la mía, Jerónimo. Usted va donde le esperan gloria, aplausos. Placeres y alegría tal vez. ¿Qué me espera á mí? ¿Qué voy á encontrar cuando se vaya usted?
JER. ¡Volveré! Se lo juro.
MÓN. No jure usted. No volverá. El nuestro es un adiós sin vuelta.

JER. Mónica...

MÓN. Para no escucharle; para no no escucharme yo propia, me resigno á que este adiós sea delante de la gente. Hasta nunca, Jerónimo. Acuérdese alguna vez de mí. Acuérdese alguna vez de esta noche. Otra noche hubo para nosotros en que había luna en el cielo. Hoy no la habrá. Todo el cielo es nube.

JER. ¡Mónica!

MÓN. (Apartándose.) Lorenza viene con mi madre.

(Aparecen en la puerta de la casa doña Petra y Lorenza.)

PEPE ¡Cómo se resiste el racimo! (Tirando con fuerza de un racimo.)

MÓN. ¡Y como cruje el tallo al desgarrarse del parral!...

(Llegan al centro de la escena Lorenza y doña Petra. Alberto avanza unos pasos sin separarse mucho del fondo.)

ESCENA IV

MÓNICA, LORENZA, DOÑA PETRA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

PET. Trabajo me costó dar con ella. En la habitación última de la casa estaba metida.

GUND. (A Lorenza.) ¿Por qué tan oculta?

LOR. ¡Qué sé yo!... Ganas de estar sola. ¿Conque el adiós último?

ALB. (Desde el fondo.) Sí. El último.

PEPE ¡El último! Hasta el año próximo. ¿Tan mal les hemos tratado para que no vuelvan?

JER. Sólo atenciones les debemos. ¡Qué atenciones, cariño!

PET. Cuenten con el mío; su simpatía lo ganó.

(Mientras los otros hablan, Lorenza se ha acercado á Alberto.)

LOR. ¿Pero es de veras esta noche? (A Alberto.)

ALB. Esta noche. Obligaciones inevitables de mi cargo lo exigen. Además, tú me empujas.

LOR. ¿Yo?

ALB. ¿Por qué te niegas á la entrevista que te he

pedido á solas? Sin duda desconfías de este hombre; sin duda no crees en su amor. Siendo así no te quejes. ¡Adiós, Lorenza, y ojalá que seas dichosa!

PET. ¿Cuánto echan en el viaje?

JER. Menos aún que en ferrocarril. El vapor va directo y es de excelente andar. Dentro de tres horas..

ALB. Dentro de tres horas...

LOR. No, Alberto. No quiero que te vayas así. No quiero que me dejes.

ALB. ¡Lorenza!...

LOR. Cuando mi madre se recoja estaré junto á aquella puerta.

JER. (Levantándose.) ¡Ea, doña Petra!... Mucha ventura para ustedes. (A Alberto.) Vamos.

ALB Sí. Vamos.

(Se despiden.)

GUND. Les acompañaré.

PEPE Yo me reuniré con usted más tarde. Traigo encargo de Rodrigo para que firme doña Petra unas notas. (Sacando unos papeles del bolsillo)

(Salen por el fondo Jerónimo, Alberto y Gundemaro. Mónica, que ha llegado hasta la puerta, se dirige á la casa precipitadamente pasando por delante de Lorenza mientras doña Petra examina las notas que Pepe va entregándole.)

LOR. ¿Dónde vas?

MÓN. A llorar. ¿Dónde quieres que vaya? (Entra en la casa)

ESCENA V

DOÑA PETRA, LORENZA y PEPE

PET. ¡Pobres hijas!... (A Pepe.) Esos dos hombres podían hacer su felicidad.

LOR. (Que ha llegado detrás de doña Petra.) ¿Verdad, madre, que sí?

PET. ¿Me oíste?... Creía estar sola con Pepe. Excusada es tu pregunta, hija. Tan excusada

como mi reflexión. Ya ves que se van. Dentro de algún tiempo os quedará el recuerdo suyo á vosotras. A ellos ni el recuerdo tal vez. (A Pepe) ¿Traes el resumen?

PEPE Sí, señora. (Entregando á doña Petra otro papel.)

PET. (Repasándolo.) ¡Atrasos!... ¡Siempre atrasos!... ¡Siempre viviendo con limosnas que se disfrazan de favores!...

(Aparece en la puerta del fondo la Gibiona, despeinada, llorosa, demostrando gran agitación.)

GIB. ¡Aquí me meto! Y de aquí ni á tirones salgo. ¡Me mata!... ¡Vaya si me mata!

PEPE ¿Qué te ocurre, mujer?

ESCENA VI

LORENZA, DOÑA PETRA, la GIBIONA y PEPE

GIB. Lo de casi todos los días. Pero hoy fué más gorda aún. El mi padre quiere comérseme á piazos. ¡Y no vuelvo á mi casa aunque me lo pidan los ángeles! ¡Cómo sacude el *condenao!*...

PEPE ¿A tanto de qué fueron los estacazos?

PET. Explícate, mujer.

GIB. A tanto de lo que no tiene remedio. Veralo, doña Petra. Lorenza, veráslo. Veráslo tú *tamién,* Pepito.

LOR. Habla.

GIB. Por cuestión de Trasmallo. Trasmallo y yo nos cortejábamos, y el mi padre y la madre suya no nos dejaban cortejar. *Pior pa* ellos. Por no dejar que nos viésemos delante de la gente, nos hemos visto solos; y ya ve... Nos hemos visto solos. Y Trasmallo es *pa* la Gibiona; y la Gibiona es *pa* Trasmallo, y no hay quien los desaparte en el mundo.

PEPE Eso ya lo sabíamos.

GIB. Pero el mi padre nos *quié desapartar.* Y no nos desaparta. No nos *desaparta manque* me haga los *güesos* polvo.

PET. ¿Qué ha sucedido?

GIB. Sucedió que salí *trempano* esta mañanita á vender *pescão* por los pueblos. Sucedió que como la carga del vapor se concluyó ayer y las barcas no salieron esta *madrugá* por mor del vendaval, Trasmallo esperábame en el cruce de la carretera Y sucedió que fuimos juntos y que s'arremató la venta, y que Trasmallo me dijo: «¿Quieres que almorcemos en aquella *posá,* Gibiona?» Yo le dije: Almorcemos. Ya *pa* qué decirle que no. ¿Verdá usté? Como él no había *cobrao* aún del vapor, pagué yo el almuerzo. Almorzando dionos la oración. El mi padre aguardábame en la puerta de casa con el chicote entre las manos, y como llegué tarde y sin perras, empezome á batunear y á gritarme: «¡Toma, por sinvergüenza! ¡Toma, por mala hembra! ¡La mi casa cerrose para tí!... ¡¡Largo!! ¡¡Largo!!» Bien quisiera largarme yo, pero él me sujetaba y ¡tras!... ¡tras!.. chicotazos por todas partes. Gracias que soy fuerte y pude darle un empellón y salir corriendo. ¡El corría detrás!... Yo quebrele en una callejuela, salté una cerca, metime por la pasadera y aquí estoime, á la *mercé* de ustedes hasta que Trasmallo disponga, que á la mi casa yo no vuelvo. A la postre ello tiene que ser. ¿Qué más da un día que otro?

PET. Vuelve á tu casa, criatura.

GIB. ¡Volver *pa* que me rematen á golpes!

PEPE ¡Y què el padre tuyo tendrá vino!

GIB. Más que le cabe en un bocoy.

PEPE Pues todo ese vino se le va á subir á tus costillas.

LOR. Entonces, quédate. Si donde vives estás mal y si tu alegría está con Trasmallo, quédate aquí hasta que venga Trasmallo y resolváis juntos.

PET. ¡Niña! ¿Y el escándalo?

GIB. No hemos dádole flojo ya. ¿Cree que el mi padre se abozalaba *pa* decir los motivos de su enfado á la gente?

PET. Es que así la gente dará á tu padre la razón.

GIB. Ni somos los primeros, ni seremos en la al-

dea los últimos. Lo que dice Trasmallo. Mientras en el mundo haya querer cosas muchas de estas veranse.

PET. ¡Qué demonio, qué demonio de chica!...

(Aparece en la puerta del fondo Trasmallo, que se detiene en el dintel quitándose la boina.)

TRAS ¿Hay permiso?

ESCENA VII

LORENZA, la GIBIONA, PEPE, DOÑA PETRA y TRASMALLO

GIB. Trasmallo.

TRAS. Cortáronme el paso. Díjome Pepota que te vió cruzar la pradera y meterte aquí; y aquí me entro con permiso de la señora, á preguntarte despues del paso, qué te parece que debemos hacerle. ¿Hay licencia *pa* preguntarlo, doña Petra?

PET. ¿Lo que hay qué hacer?

TRAS. Sí.

PET. Convencer á ésta para que vuelva con su padre.

TRAS. ¡Con su padre!... Bien lloraba tu madre pidiéndole porque volvieses. Pero el tu padre dijo á voces que en la casa no entrabas y atrancó la puerta y echóle llaves y cerrojos y todo está *escuras* y ni revolotear una mosca se oye tan siquiera. De la casa despídete.

GIB. Bueno. Siéntolo por los *pequeñucos.*

TRAS. El mal es que no vas á pasarte la noche dando vueltas por metá de la calle.

PET. Eso estaría peor aún.

TRAS. Si anduviésemos por la ciudad arrecojo tendríamos. ¡Aquí!... ¡Si doña Petra fuese tan buena que te arrecogiese hasta mañana al ser de día!... Porque en siendo que sea día ya me las compondré yo *pa* que no falte casa.

LOR. Sí, mamá, que se quede. Lugar de sobra hay por allá dentro.

PET. Si en tu casa no te abren y no tenéis otro sitio mejor... Pero á condición de que mañana vuelvas con tus padres.

GIB. ¿A qué tornar?... ¿A que haga padre con mi cuero una criba?

TRAS. Los golpes de hoy son los últimos suyos que recibes. De hoy *pa* en adelante tienes bastante con los míos. Si el tu padre te alza la mano conmigo se las habrá de ver.

PET. Su padre es. Derecho le asiste sobre ella.

TRAS. ¿Derecho? Mayor me asiste á mí. ¿No es *verdá* tú, Gibiona?

GIB. ¡Y tanto!

PEPE Es la escritura. Por seguir á un marinero, reniega del padre y de la madre.

TRAS. Doña Petra, gracias por la posada.

GIB. (A Trasmallo.) ¿Y tú? *¿Ande* quedarás?

TRAS. Mira, bien sabes que la casuca esta da sobre la mar, ande hace la mar una ensenada. Allá iré yo con mi barca y allá velarete hasta el amanecer. En la pared hay una ventana, la del desván *ande* dormirás tú, porque tú duermes en el desván .. No se enfade por lo que diga doña Petra, que la ventana está muy alta. Asómate á ella y platicaremos tal que si empezásemos á novicar. Y gracias otra vez, doña Petra, y no quiero serle *cansao* y *ustés* disimulen. (Dirigiéndose hacia el fondo, andando para atrás.)

PEPE Aguarda que salgo yo contigo. Por el camino me dirás cómo te las vas á componer mañana.

TRAS. Facil es, que pagáronme en el vapor y la carga dió un *puñao* de duros. (Sonando el bolsillo del pantalón.)

GIB. Guarda los duros en la faja que en el bolsillo pueden caer.

(Salen por el fondo Pepe y Trasmallo.)

ESCENA VIII

DOÑA PETRA, LORENZA y la GIBIONA

PET. ¡Vaya, mujer, vaya! Todo son disgustos en la vida.

GIB. Tamién la mi madre los tuvo con mi *agüelo.*

PET. A cerrar la puerta, (Se dirige á la puerta del fondo y la cierra.) que va para rato se hizo noche, y á dormir. ¿Vienes tú, Lorenza?

LOR. No tengo sueño aún. Charlaré un rato con Gibiona y después entraremos. Yo me encargo de enseñarle su habitación.

PET. Hasta mañana, pues.

LOR. ¡Adiós, madre mía! (Abrazando con fuerza á su madre.)

PET. (Riendo.) Fuerte abrazas.

LOR. ¡Es que te quiero mucho! (Entra doña Petra en la casa.)

ESCENA IX

LORENZA y la GIBIONA

LOR. ¿No te da miedo irte con él?

GIB. ¡Qué remedio!

LOR. Si le tuvieses, ¿no te irías?

GIB. Quizás y que dijese, no; pero haría, sí. Le quió, Lorenza; metióseme el endino en el alma. Con sus palabras enganchome y tras el su aparejo fuíme como tonta. Iríame cien veces *ande* me llevara él.

LOR. ¿Y no te dueles de la desazón de tus padres?

GIB. Ya haranse. A la larga, si hay nietos y ello remata en boda como suele ocurrir, contentos andaremos todos.

LOR. ¡Qué feliz eres tú, Gibiona! .. Sin salir de la aldea hallas tu ventura. Con él puedes realizarla. ¡Quién pudiera ser lo que tú, una pescadora y poner su ideal en un hombre como Trasmallo!...

GIB. ¿Ideal?... ¿Qué es eso?

LOR. Lo que hace tu realidad ignorando su nombre. Te digo que me causas envidia.

GIB. ¿Envidia por no ser como yo? Bien fácil tienes el arreglo. Cámbiate de ropa; viste como yo, falda lisa y justillo de punto; búscate un marinero, á puñaos brincaríante; ponte sobre la cabeza un cestón y á vender

pescao escuchando los requiebros del tu hombre.

LOR. ¡Ay, si todo consistiese en cambiar de traje, en ser por fuera otra persona!... Es más hondo, dentro de mí donde había de hacerse el cambio para que Lorenza fuese tú.

GIB. No cambies, Lorenza, que pesa mucho el cestón de *pescao*.

LOR. Pesan más otras cosas sobre el corazón.

GIB. Tamién tengo yo peso en él. No imagines que es feria el separarme de los míos. Solo que ellos *ú* el otro. A ellos siéntolos. Sin el otro no podría vivir.

(Escúchase lejos, á gran distancia, como un eco, el bocinazo de un vapor.)

LOR. ¡El bocinazo del vapor! (Con angustia.)

GIB. Es el primer toque. Dalo tres horas antes de partirse. Tiempo le queda aún.

LOR. ¡Tres horas!

GIB. ¿Hácensete muchas?

LOR. No. Pocas.

GIB. Triste hablas. ¿Agarrósete al corazón alguno de los dos viajeros? Guapos mozos están; á lo principal el que pinta; y buenas propinas dábale al mi Trasmallo.

LOR. (Levantándose.) Anda, Gibiona, que te voy á enseñar tu cuarto.

GIB. Será él, el desván.

LOR. No temas. No te privaré de mirar á Trasmallo. (Llegando con Gibiona hasta la puerta de la casa.)

GIB. A buen tiempo dijiste vamos, porque *escomienza* á gotear.

(Entran en la casa las dos y comienza á oirse el ruido monótono y triste de la lluvia golpeando contra las hojas de los árboles. Lorenza sale de la casa, entorna la puerta; pone atención á todas partes y luego se dirige hacia la puerta del fondo que abre con gran cuidado. Apenas abierta la puerta del fondo, entra por ella Alberto.)

ESCENA X

LORENZA y ALBERTO

ALB. ¡Lorenza!...

LOR. Yo. No quiero separarme de tí; no quiero perderte. Dispón del porvenir mío. En tus manos está.

ALB. ¡Lorenza!... ¡Lorenza de mi vida!

LOR. Tú me lo dijiste. No quieres, no admites, no respetas más lazos entre los amantes que los del amor. Así soy, exclamaste, así está mi alma templada para amar. Sólo así puedo y necesito ser querido. No me has engañado. Franco y leal has sido desde el primer momento.

ALB. Porque franco y leal es mi amor. Así como repugna lazos de obligación, repugna la doblez y el engaño. De ellos se sirven otros hombres para hacer á una mujer suya y abandonarla una vez satisfechos su vanidad y su capricho. Ni por un instante quise con dobleces y engaños ganarte para mí. Con ninguna lo hiciera; ¡contigo!... no es que no quiero, es que no puedo; es que mi alma necesita de la tuya; es que al ofrecértela para siempre la ofrezco. Juzga de mis ideas como te parezca juzgarlas; pero no dudes de mi amor. Indigna de tí y de mí fuera la duda. De ahí que al mirarte vacilar, al ver que te negabas á esta cita suprema, haya sentido un tormento horrible que se condensaba en esta pregunta. ¿Es que duda Lorenza de mi amor, ó es que duda del suyo?

LOR. ¡Dudar de mi amor hacia tí!... Dudar, nunca. Acaso ignorarlo en toda su plenitud y en toda su grandeza.

ALB. ¡Lorenza!...

LOR. Ha sido poco á poco, hora á hora, como has ido apoderándote de mí. Ello empezó desde que llegaste, desde el primer segundo que mis ojos y tus ojos se hallaron. En el trans-

curso de estos cuatro meses, no ha habido una sola acción, una sola palabra tuya que no fuese para cautivar mi alma, para hacerla esclava de tus decisiones. Era un mundo nuevo el que venía á mí contigo. Eras tú el alguien de aquella cita con lo desconocido á que yo acudía por los montes donde se acarician las hierbas y por la playa donde lloran las olas. No me hables. Escucha aún. Aquella noche, á los reflejos de la luna que transparentaba una nube, cuando oculté mi cabeza en tu hombro, cuando me diste el primero, el único beso de nuestro amor, cuando dije, «¡Te amo!» fuí yo toda entera la que se entregó á tí. Toda me había dado en el beso aquel y lo ignoraba. Hace una hora que lo ignoraba aún.

ALB. ¡Sigue, sigue hablándome de ese modo! ¡Así es como te soñaba mi pasión! ¡Como te quiero y te necesito, Lorenza!..

LOR. Lo ignoraba; bien lo puedes creer. Esta tarde, antes de venir tú, encerrada en mi habitación, me decía á mí propia: «Verdad es que le quiero; que el amor suyo sería mi felicidad. Pero renunciar por ese amor á la consideración de las gentes, á la de mi hermana, ¡á la de mi madre también! poner en bocas maldicientes el nombre de mi padre; saber que mi madre llorará mucho, ¡mucho!... y dejar que corran sus lágrimas mientras yo voy á lo desconocido con un hombre á quien apenas si conozco, es una insensatez. Resulta sacrificio superior á mis fuerzas, no debo hacerlo; no lo haré Cuando salí, salía con la firme resolución de decirte adiós para siempre. Y te vi, y vi que para siempre iba á perder tu amor, y todas mis resoluciones cayeron por tierra. En vez de murmurar: ¡Adiós para siempre! murmuré: ¡Ven, Alberto! Y ya ves, aquí estoy para ir donde tu voluntad me lleve.

ALB Y yo, Lorenza, á cambio del amor tuyo, te ofrezco la seguridad de que serás compañera mía en este viaje de la vida; te juro que

en el mundo mío, en mi existencia de luchador, de hombre libre, capaz de bastarse á sí solo, te haré mi ángel de consuelo y de paz. No, Lorenza, no iré á tí únicamente en las horas de goces y de triunfo; á tí, iré con el alma abierta de par en par en otras horas más solemnes y más augustas: en las horas de dolor y de vencimiento.

LOR. ¡Alberto!

ALB. No receles, que el amor nuestro, el lazo que esta noche, libremente, formamos, llegue á romperse nunca. Matan el amor el cansancio y la infidelidad. Es tu amor demasiado grande para ser infiel; sobrado poderoso es el mío para que el cansancio lo destruya. ¿Verdad que vienes á mí porque no dudas de que mis palabras responden á mis sentimientos?

LOR. Porque no dudo, y, ¿á qué no confesarte este egoísmo de mi espíritu? porque me aterra quedarme sola en este ambiente después de haberte conocido.

ALB. Lorenza...

LOR. Antes eran muy tristes aquí los minutos de mi existencia; crueles los días; espantosos los años. Mi imaginación, educada para otros horizontes, sufría en esta cárcel imbécil de la aldea. Soñar, soñar con el amor que tú realizas, era mi exclusiva ventura; pero en ocasiones pensaba que tales amores no existían en parte alguna; que aquí y fuera de aquí eran sueños; nada más que sueños. Ahora ya no puedo decirlo; ahora no tengo ni la alegría de negar. ¡Separarme de tí!... ¡Perderte!... Mira: la lluvia cae, el aire sopla frío, el cielo está gris. Más grises y más frías son aquí las almas de las criaturas. ¡Llévame, Alberto, llévame!... (Con un estremecimiento de terror, de verdadero frío de alma.)

ALB. Sí. ¡Ven! Te llevaré donde disponga nuestro amor, donde nos lleve él. (Con actitud leal y apasionada.)

LOR. (Lo mismo.) ¡Alberto!...

ALB. Falta encontrar manera de que salgamos

sin ser notados de la gente... Al venir he visto en la ensenada con su barca á Trasmallo. Su barca puede conducirnos. El nos ayudará. Acabo de favorecerle. Además, también ama, á su modo; pero ama. Aguárdame, Lorenza. (Alberto sale por la puerta del fondo. Lorenza queda un momento mirando por ella como si viese marchar á Alberto. Momentos antes se abre la puerta de la casa y aparece Mónica en ella. Mónica avanza al encuentro de Lorenza. Esta se vuelve y, al dirigirse hacia la casa, se encuentra con su hermana.)

ESCENA XI

LORENZA y MÓNICA

LOR. ¡Mónica!...

MÓN. ¿Vas con él, hermana?

LOR. ¿Has oído?

MÓN. Os he visto juntos. ¿Qué más para comprender que le sigues?

LOR. Mónica...

MÓN. Si yo hubiese oído á Jerónimo, si en el momento de marcharse Jerónimo, hubiese estado como tú con Alberto, á solas con él, ¿qué hubiere hecho yo? Acaso consistió mi virtud en la cobardía de no haberle escuchado.

LOR. Pues bien, con él voy. Y nadie, nadie será capaz de detenerme.

MÓN. No seré yo quien lo haga apelando al recurso cruel de turbar el último sueño tranquilo de la madre. ¿No bastará que te lo recuerde?

LOR. No.

MÓN. ¿Tan resuelta te hallas que ni por mis súplicas de hoy, ni por sus lágrimas de mañana, desistirás, Lorenza?

LOR. No, hermana. Le amo y necesito de su amor. Además, me ahogo aquí. Esta atmósfera concluirá por matarme. ¡No más!... ¡No

más!... ¡No podría!... Sé que no podría. Os causo menos daño yéndome que quedándome aquí. Quedarme aquí, fuera mi condenación y vuestro martirio. Es mejor que me vaya.

MÓN. ¿Dónde vas á ir?

LOR. Donde me lleve él; donde soñé estar siempre, desde que la juventud dió su primer grito en mi corazón y en mis nervios. A disfrutar el ansia de amor que hay en mi espíritu. A romper esta nube que ennegrece mi ser todo entero. A recibir el sol cara á cara.

MÓN. ¿No piensas en lo que puede guardarte ese porvenir á que ciegamente te arrojas?

LOR. No lo quiero pensar.

MÓN. ¡Lorenza!

LOR. Tengo confianza en él, y en mí propia. ¿Qué me vas á decir, que acaso detrás de sus palabras y de sus juramentos se oculta la perfidia? ¿Que me subirá al cielo para dejarme caer desde él?... No creo en Alberto esa infamia.

MÓN. ¿Y si fuera así?

LOR. ¡Si fuera así!... ¡Si me engañara! ¡Si luego de subirme á ese cielo de amor me empujase y me hiciera caer!...

MÓN. Sería horrible.

LOR. ¡Muy horrible!... Pero es más horrible todavía no disfrutar del cielo nunca. Subir al cielo y disfrutarlo bien vale el dolor de caer.

MÓN. ¡Hermana!..

LOR. No insistas, porque todo es inútil. ¿Hago bien? ¿Hago mal? Lo ignoro. ¿Soy mala? ¿soy buena? Puede que sea mala; pero hay algo superior á mi voluntad que me empuja. Mi amor, más poderoso que todos los respetos y todos los temores. Deja que me lleve este amor donde quiera; deja que siga mi destino. Él viene. (Poniendo atención al fondo.)

MÓN. (Suplicante.) ¡Lorenza!

LOR. ¡No has oído que él viene!... (Entra Alberto por el fondo.)

ESCENA XII

MÓNICA, LORENZA, ALBERTO

ALB. ¡Vamos!... (*Avanzando y viendo á Mónica.*) ¿Tu hermana?

LOR. No receles de ella. Te sigo. (*Alberto sale por el fondo.*) ¡Perdóname, hermana!... Dile á nuestra madre que perdone.

MÓN. ¡Lorenza!... ¡Lorenza! (*Tendiendo las manos hacia Lorenza en actitud de súplica.*)

LOR. (*Abrazando á su hermana.*) Dame muchos besos, muchos besos. (*Se aparta de ella, llega cerca del fondo y se vuelve.*) ¡El último!... Este no es para tí, hermana. Es para madre. Apriétale muy fuerte en la boca cuando se lo des.

MÓN. ¡Oye!...

LOR. No te puedo oir. Mi alma y mis ojos necesitan otra atmósfera y otra luz. ¿Oyes? ¡Qué monótona cae la lluvia!.. Aquí todo es gris, en el paisaje y en las almas.

(*Lorenza sale precipitadamente por el fondo sin volver la cabeza. Mónica se deja caer en el banco mientras suena el golpeteo de la lluvia contra las hojas de los árboles. Telón.*)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE JOAQUIN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.
La mejor ley, drama en tres actos y en verso.
Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.
Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso.
Luciano, drama en tres actos y en prosa.
El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.
Juan José, drama en tres actos y en prosa.
El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.
Curro Vargas, drama lírico en tres actos y en verso (1).
La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso (1).
El tío Gervasio, monólogo en un acto y en prosa.
Raimundo Lulio, ópera en tres actos y un epílogo.
Aurora, drama en tres actos y en prosa.
De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.
El Místico, drama en cuatro actos y en prosa, traducido del catalán.
¡Pa mí que nieva! modismo en dos cuadros y en prosa.
Juan Francisco, drama lírico en tres actos y en verso.
La conversion de Mañara, comedia en tres actos y seis cuadros y en verso.
El vals de las sombras, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
Amor de artistas, comedia en cuatro actos y en prosa.
Daniel, drama en cuatro actos y en prosa.
Marinera, monólogo en un acto y en prosa
Lorenza, comedia en tres actos y en prosa.
Spoliarium, novelas cortas.
Tinta negra, artículos y cuentos.

---

(1) En colaboración con Manuel Paso.

Precio: 3 pesetas